

# HERMES

Revista estacional de Poesía

Dirigen, coordinan y editan María Antonia Ricas y Jesús Pino

---

*Manuel Zuiroga Clérigo/ Jaime B. Rosal/ Antonio Ullán/ Pilar Marcos/ Amparo Ruiz Luján/ Juan Pablo Castel/ Jesús Maroto/ Carlota Martínez Sena/ Juan Carlos Pantoja Rivero/ María José Jiménez/ Morgan Anansiel/ Miguel Ángel Curiel/ Joaquín Copeiro/ Juan Martínez Copeiro del Villar/ Mar Peces/ José Díaz García-Baltasar/ Yolanda Pérez Ferrera/ J. Seafree/ Luisa Benito/ Fernando Joya/ Jesús Pino/ María Muñoz/ Santiago Sastre/ Jesús Rubio/ M<sup>a</sup> Antonia Ricas*

## Los Círculos Locales II

*Antonio Martín-Andino/ Rafael Balmaseda Díaz Palacios/ Jesús Sánchez Villaluenga/ Juan Pedro Sastre Salcedo/ Agustín Monedero García-Verdugo/ María Dolores Pinto Cámara*

DIBUJOS: FERNANDO LÓPEZ RIBOTA  
JESÚS GARCÍA

---

Año III. N<sup>o</sup> 10. Invierno 1998  
Toledo. Edición Artesanal.

---



Hermes10

Revista Artesanal de Poesía

Consejo Editor:

*Jesús Pino*

*María Antonia Ricas*

*María Muñoz*

*Joaquín Copeiro*

*Juan Carlos Pantoja*

Hermes/Internet:

*Jesús del Verbo*

<http://www.redestb.es/personal/ankara>

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

## POESÍA

pgs

<i>Manuel Quiroga Clérigo</i>	2
<i>Jaime B. Rosa</i>	5
<i>Pilar Marcos</i>	6
<i>Amparo Ruiz Luján</i>	8
<i>Jesús Pino</i>	11-33
<i>Juan Pablo Castel</i>	12
<i>Jesús Maroto</i>	14
<i>Carlota Martínez Senac</i>	18
<i>Juan Carlos Pantoja Rivero</i>	20
<i>María José Jiménez</i>	22
<i>Miguel Ángel Curiel</i>	24
<i>Juan Martínez Copeiro</i>	26
<i>Mar Peces</i>	30
<i>Joaquín Copeiro</i>	36
<i>José Díaz G<sup>a</sup>-Baltasar</i>	38
<i>Yolanda Pérez Herrera</i>	40
<i>J. Seafree</i>	42
<i>María Muñoz</i>	46
<i>María Antonia Ricas</i>	48

## NARRATIVA

<b>Predicadora</b>	
<i>por Morgan Anansie</i>	52
<b>Como una hormiga</b>	
<i>por Joaquín Copeiro</i>	54
<b>El Galiano de las siete y media II</b>	
<i>por Miguel Ángel Curiel</i>	59
<b>Una escalera, dos escaleras</b>	
<i>por Luisa Benito</i>	63
<b>Malevaje</b>	
<i>por Fernando Joya</i>	66
<b>Los Cuatro elementos</b>	
<i>por Antonio Illán</i>	73
<b>El día en que se prohibió el fútbol</b>	
<i>por Juan Carlos Pantoja</i>	77
<b>La cucaracha vivaracha</b>	
<i>por Jesús Rubio</i>	80

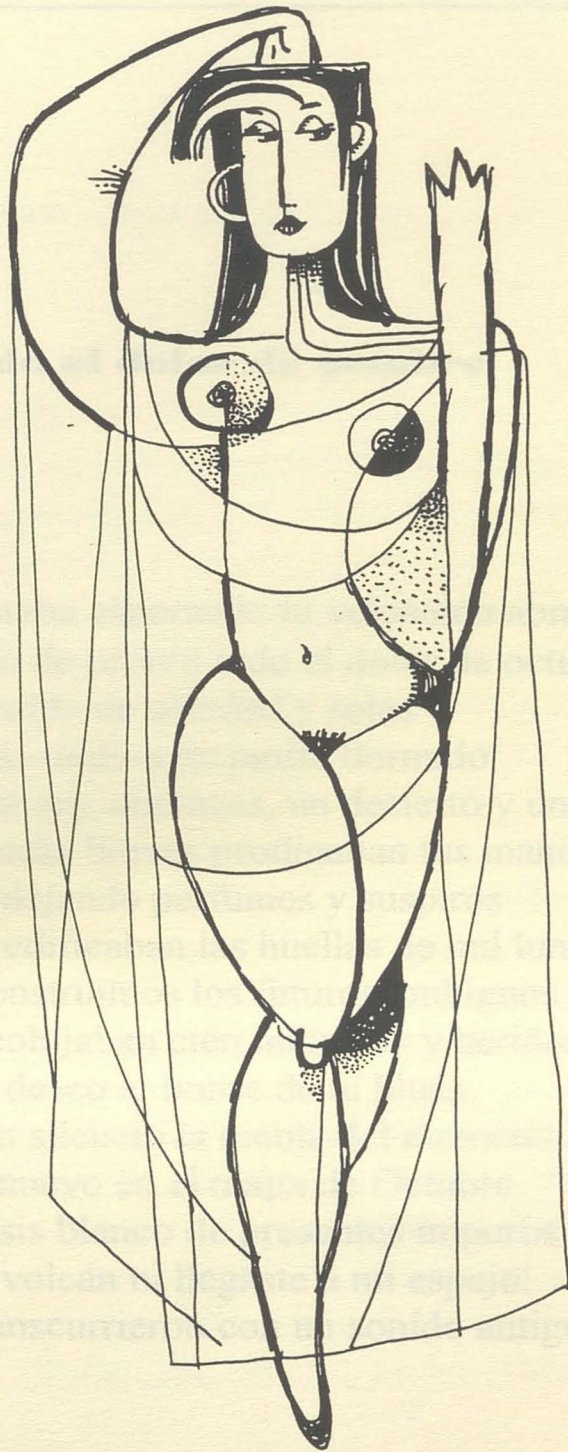
## CRÍTICA DE LIBROS

<b>Miguel Argaya y la aventura de la conquista propia</b>	
<i>por Santiago Sastre</i>	85
<b>Los Círculos Locales</b>	88





MANUEL QUIROGA CLÉRICO



¿Quién podía ser aquella que surgía como la aurora,  
hermosa como la luna, resplandeciente como el sol,  
terrible como un escuadrón con sus banderas?

*Umberto Eco: "El nombre de la rosa"*

I. Gavira 97



**Todo el dolor de octubre**

**C**uando estaba esperando tu volcánico abrazo  
me acometió de pronto todo el dolor de octubre.  
Te sabía vestida de soledad y soles  
pero llegabas tarde a mi jardín dormido.  
Tu presencia era, entonces, un desierto y un muro  
aunque músicas breves prodigaban tus manos.  
Caminabas dejando perfumes y suspiros  
mientras se edificaban las huellas de mil lunas.  
Entonces construimos los futuros ambiguos  
donde nos cobijaban cien infancias y heridas.  
Deposité el deseo al borde de tu blusa  
aspirando en silencio la niebla del momento.  
Existías de nuevo en el mapa de Octubre  
como un oasis blanco de presentes impuros.  
No llegó tu volcán ni llegaste a mi espejo:  
las horas transcurrieron con un sonido antiguo.

*Madrid 15.10.97*

**RESUCITA HORIZONTES***Para E.G.*

**H**e soñado tu piel como una madre selva.  
Por solo tu mirada olvidé fuselajes y otoños.  
Me proponía hurtar ascensores y vientos solitarios.  
Pretendía olvidar tamazucas, continentes, jardines.  
Eras sólo una estatua en los mapas de Octubre.  
Comenzaban por fin las ardientes batallas.  
Habían renacido los días del azúcar.  
Pero aún sigue intacto el añil de tu nombre.  
Hay músicas tremendas aventando distancias.  
Solamente te invento tranquila cada tarde.  
Porque vives nostálgica en mis libros abiertos.  
Necesito argumentos de besos, de espigas, salamancas.  
¿En qué estación me esperas, maniquí, senadora,  
[oropéndola?]  
Ya sé que estás huyendo del carmín, de la infancia.  
Respiras madrugadas, atmósferas, edades.  
¿Voy a ser consecuente con tus pasos de olivo, de metralla?  
Resucita horizontes, semillas, un esplendor desnudo.  
Quería disfrazar de habitación mis sueños.  
Así, tal vez, serías todo mi abecedario.

*Madrid 9.11.97*

---





**■**o hay más guerra que aquella  
en que queda defenestrada la sonrisa.  
Tratemos de evitar batallas insolentes,  
esos trozos de pútrida metralla  
que aminoran la voz y los inviernos.  
" Con el triunfo de mayo " de repente  
se renueva la vida y la palabra,  
se disfraza de sol la lejanía  
y se llenan de amor algunas tardes.  
No hay más guerra que aquella  
en que toda la claridad nos abandona.



**¡ OH TÚ QUE VAS EN TU EBRIEDAD... !**

¡ Oh tú que vas en tu ebriedad tu círculo en la arena trazando !

Tú eres para nosotros ángel de cañamiel que sobre estanque de mar se hace en la onda presente.

Tú eres para nosotros el primer instante de un día de mar y su porción mejor lavada con jabón blanco de lavanda, a la hora en que las olas se deslizan tiernamente en la arena.

Tú eres para nosotros el brillo de plata mejor saqueado tras una conquista, reina de todos los versos, ¡ oh imagen de mujer en reposo, como la belleza que se contempla y para la que es nuestro pecho pedestal ! El Gran Arquitecto construyó para Ti el universo como un gran templo donde va tu cuerpo a florecer, sombra vestida de luz, haz y envés de una luna que brilla desde siempre sobre las olas.

Tú que de nuestro árbol de mar eres tallo, raíz y savia, sé alabada, diosa de los tiempos, de los continentes y los contenidos... Cantamos y recitamos para Ti bajo esta nube de luz marina que nos aureola.

Dichoso el que cada noche encuentra la ruta marina que conduce hasta su copa de amante.



**M**ujer palmera de brazos de alto vuelo,  
de tronco rojo y dedos amarillos,  
raíz que clava sus dientes de cuchillo,  
perfeccionada piel tras de su velo.

Mujer palmera, de verde terciopelo  
son las hojas que esconden tus anillos,  
golpes de vientos y golpes de nudillos,  
fósil de nube y boca bajo el cielo.

Mujer que en el desierto permanece  
marcada en el perfil de la memoria,  
petrificada luz que resplandece.

Mujer de sombra, mujer que siempre crece,  
caravana, andar hora tras hora,  
alegría, dolor para la historia.

**H**ay un grito en la tarde,  
aves volando en desbandada,  
hay un hombre que grita,  
precisa es la escapada,  
miedo en las alas  
y en la garganta miedo,  
el hombre alza la voz,  
el ave el vuelo.

**T**us ojos son azules y son fríos,  
y fría es la muerte immaculada,  
y por eso la muerte bien pudiera  
vestirse del azul de tu mirada.

### **Rosa de cera**

**E**fímera es la rosa  
efímero su olor sobre la mesa,  
pero tú como una diosa  
enciendes por amor una promesa,  
y en ella quemas tu vida, presurosa.

**S**i soy la niña que duerme en las estrellas,  
tendré que sostener la madrugada,  
despertarme de nuevo en la corniza  
de la noche tranquila y estrellada,  
la cola del cometa me promete  
un sitio en la escapada,  
mientras voy comulgando en cada insomnio  
una porción de luna amortajada

**1 Fue un viaje irrepetible hacia la muerte.**

Todo era de plata  
" y nada ya bastaba ".

Asalté la muralla con mi blusa de seda  
rasgada sobre un seno  
y en todos los baldíos nacieron ángeles de plata.

Así nos fusionamos, gloriosos,  
rozando la eternidad,  
mientras el amor irrumpe  
en una cesta de plástico  
ante la indiferencia de un maniquí de cera  
en su mezquita de ensueño.

Sobre una camiseta de tirantes  
destruí fachadas de palabras  
y Goya yaciendo sin cabeza  
con ángeles corriendo los telones del mundo  
entre un divino alboroto de majas y miserias.

Embriagados de ausencias:  
una manta parda, un cuchillo  
y una espalda vacilante en la dehesa.  
Esperma de poetas glorifican tus botas  
mientras suenan campanas a arrebato  
entre un menú de lujo y dentaduras postizas.



Aunque me ofrezcan todos los nidos  
seguiré clavada al arcángel de una vidriera  
que araña imposibles  
en un columpio sin red  
y tejeré encajes de tiempo  
en los que no existe Dios.

## **2** **▲ Allí estaba la muerte**

entre los neumáticos, el humo de cigarros  
y trajes de chaqueta.

Allí estaba, entre luna y cañizos,  
girasoles, arcillas  
y en todos vuestros ojos.

La muerte lamía las suelas de zapatos,  
las camisas y cuellos bien planchados,  
los tobillos, los muslos  
y las menstruaciones.

El hada del dolor nos hechizó  
con espejismos sobre bordes de mar de zanjas,  
tesis deshilachadas, amor de conveniencia,  
de olivos, uñas, dientes y pezones.

Allá, en el poniente,  
el quebranto de una boca hermosa.  
Un juglar de inocencia  
errante, errante.

**3** **P**ara rendirse amor bastaba un hospital,  
migajas, un rincón,  
la penumbra, el tronco de un olivo,  
las tardes de domingo arrastrando periódicos,  
balbucear un nombre,  
    pétalos de bocas,  
sin cepillos de dientes,  
sin profetas que anuncien fin de siglos,  
ni carteles de cine ni neones.

El olfato de amor,  
de frentes, poros, axilas  
    y los sexos desnudos:  
perfecta cirugía de vientos enlazados.



### posiblemente...

( A casi todos )

✓Será la edad - que todo lo reduce al diminuto esquema de una casa,  
al pequeño discurso de un jardín,  
al minúsculo tono de los cielos,  
al área reducida de un hastío masoquista de oficina  
o al mínimo prestigio de una caduca profesión sin fe -;  
será la edad, ya digo, - que tiende a comprimir las extensiones  
en cálidas y afables intimidades, breves, pero intensas -;  
será la edad, repito;  
lo cierto es que ahora carecen de interés los fieles compromisos  
y las mayúsculas retóricas.  
Todo parece haberse diluído, licuado, gaseado,  
hecho aire, asalariado aire, pólen, polvo, residuo ajeno,  
nada.  
Lo cierto es que ahora  
la vida insiste con palabras cercanas y pequeñas,  
palabras como precio, teléfono, automóvil,  
palabras como hacienda, matrículas, achaques.  
La vida - será la edad, insisto- parece hundirse, refugiarse, acovacharse,  
en las cordiales cautelas de lo próximo, lo práctico y seguro.  
No más jugar al peligroso aroma de algún sueño.  
Ni aventurar un paso que encienda una pasión  
más cara que una nómina, que una vejez tranquila y sin agobios.  
Será la edad, posiblemente,  
- no quiero suponer la voluntad en estas prevenciones-,  
la que obliga a aceptar el sueldo del insomnio,  
la que anuncia que todo está ahora bien, que el mundo ya ni existe.  
Será la edad, posiblemente - que todo lo endurece y agarrota...-  
Y, sin embargo,  
¡ qué triste es sostener un corazón mirándose al ombligo  
y con miedo de entregarse !



## JUAN PABLO CASTEL

---

### SED NO SACIADA

Enloquece el ventilador sobre mi cabeza.  
Un viento encerrado,  
áspero,  
triste,  
muerto.

La habitación es penumbra,  
la inteligencia  
    hostil.  
Ausencia y memoria...  
Silencio.  
    Me apetece tu mirada.

Cierro los ojos y te veo...  
    la luz en tu piel.

Antes  
días que revientan  
largas horas  
para odiarte.  
Tu capacidad inmensa  
para malgastar mis sentimientos.  
Mi decepción  
    salvaje.

El frío.

No puedo recoger tus lágrimas en mi boca.  
Nada ha cambiado,  
    es un mar sin marea.  
Me atrae su agua cristalina y quieta.  
    Cierro los ojos y te abrazo.  
No debo despertar,  
    verme sin ti,  
amanecer sin tu deseo...

Los cierro y te veo...  
desnuda,  
reclinada sobre la mesa,  
esperándome.

    Acariciar la brisa.

Mis manos te aman,  
te tocan,  
te abren.

El sol en tu melena  
    me invita  
    a la codicia.

Gritar... amor...  
    débil  
    la voz.  
Gritar sin ruido.

Beber tu cuerpo  
    mío,  
empujar la carne de tus nalgas con los  
    [dedos]

y saberte ahí  
    entregada,  
vencida de placer y alegría.

Oler,  
oler tu alma,  
tu emoción oculta,  
    enterrada.  
Tu piel fría.

Estás tan cerca.

Te ríes  
con la boca llena de fruta.

Y tu perfil de piel sobre las sábanas.  
Y tu garganta.

Cuerpo, piel, carne...  
Labios,  
labios por todas partes.  
Volumen, forma, textura...  
movimiento.

Besar el viento,  
la arena,  
tus manos,  
tu lengua.  
Besar  
el calor  
al principio  
de tus piernas.

Separar tus rodillas con ideas  
y esperar el brillo  
de tus ojos  
cómplices.

Vivir  
por ti  
en la última página.

Escribir  
palabras que sudan  
que bailan...

Deslizar las uñas por tu cintura.  
Vivir  
en tu voluntad  
el desenlace interminable  
del vacío.

Desprendimiento de voces  
sobre tu belleza.  
Escribir  
por ti  
poemas en el suelo.  
Vestir la tristeza de violines.  
Estallar palabras  
de besos y deseo.

Te veo  
con la lengua sobre el espejo.

El pelo chorrea agua  
sobre tu cuerpo.

Tú sólo quieres que mire...  
que piense.

Ya callo,  
ya me voy  
... en cada instante.

No hay nada  
aquí.  
Sólo el murmullo del aire  
que las aspas roban al techo.

Nada.  
Sólo amor sobrante.





# JESÚS MAROTO

---

## DE CIUDAD( ES )

*" ... ese extraño que entra sin llamar  
a la puerta,  
con zapatos de ciudad..."*

Manuel Rivas

## CONTENIDO DEL AMANECER

▲hora la ciudad teje / cumbres de misterio /  
El viento arruga su manto / y  
el sol le lanza / una bruñida espada /

Al miedo / Al deseo / Maravillas  
que no entienden / se entregan  
sus habitantes /

y ELLA /  
Radiante / y perfumada  
de fragancias / es ya  
el hechizo nuestro /

el de cada amanecer.

**RAÍZ ROTA**

▲ ti / Ciudad del Porvenir / llegó /  
Sin equipaje / Sin presente /  
Sin mapa del futuro /

y aunque haya  
aprendido a mirarte / Aún hoy /  
para ti / es una extranjera /

Cautiva de tu hostilidad /  
Contigo envejece. / Sin calles /  
Sin alegría /

Sin recompensa.



**CIUDAD INTERIOR**

▲arquitectura rara / No sé qué tiene /  
Nostalgia / Lejos de estas tierras /  
De estas ruinas /

Nada

esconde el horizonte / Ni empuja  
la mirada lejos del cielo / No  
hay ventanas cerradas / Todo  
es color / Eterna primavera /  
Como si la vida nunca pasara / y  
no quiero regresar /

Nostalgia /  
No sé qué tiene.

**CHICOS PÁLIDOS**

**M**e estoy engañando / Para ELLA  
siempre seré / una estrella  
estrella delincuente /

Y a quién le importa / Si /  
alguna vez / fui estrella fugaz /  
entre tanta  
                  estrella  
                                  corriente.

## CARLOTA MARTÍNEZ SENAC

---

Carlota Martínez Senac nació un lunes de Julio de 1972 en Cartagena. Vive desde hace tiempo en Toledo. Es licenciada en Historia Moderna y Contemporánea. A su vocación por la enseñanza añade ese cosquilleo interno de contar la música de sus latidos y su visión del mundo a través de la poesía. En sus poemas está presente una emoción aderezada con lapiceros, melocotones, constelaciones y piel. En sus versos es el amor la principal verdad que conduce sus palabras. Rescatada de esa intimidad donde el poeta se asoma exclusivamente a su garganta, hay que indicar que este poema que ahora ve la luz es el primero que publica. A mí - que paseo por el hermoso barrio de sus ojos - me gusta.

*Santiago Sastre Ariza*

---

### PRECAUCIONES POR SI LA TORMENTA

■nidas en mis pliegues  
y has plantado la tienda de campaña  
en el fondo de mis ojos;  
ojos que reflejan tu sol.

No hay lluvias  
que puedan empañar nuestro horizonte;

y si las hubiera  
y se acercaran  
en forma de nublados ojos,  
llorarían sólo alguna gota,  
puede que de miel,  
sobre nosotros.



Tú sacarías un paraguas  
que abríamos sobre mi huerto y tu tierra,  
yo secaría tus cabellos  
y frotaría tu piel  
para que mi calor volviese  
a nadar por tus venas.

Después  
puede que me desnudaras  
de esos oscuros musgos,  
me vistieras con tu aliento  
y me abrigaras  
y, metiéndome en el bolsillo junto a tus llaves,  
sería tu azul celestial,  
tu coco caribeño y almohada de tus mareos.





**Viuda de un primo del sultán, versada en todas las ciencias ocultas, había fundado una extraña cofradía, formada únicamente por mujeres, algunas elegidas por sus dotes de videncia, otras, simplemente, por su belleza.**

*Amin Maalouf: "León el africano"*



**MEDITERRÁNEA**

**E**s musgo el verdemar de tu caricia,  
suave lamido azul, húmedo y frío,  
eterna ofrenda lenta y repetida  
que entregas a los límites del mundo  
en medio de un vaivén desordenado.  
Me arrulla tu rumor de mil aromas,  
y bebo el azahar que trae el viento  
disuelto entre la sal de la marina.  
No sé cómo acogerme a tu misterio,  
lejano resplandor del horizonte,  
cuando despliegas líquidas hileras  
por las arenas suaves de la orilla,  
entre el estruendo que te rompe a trozos.  
Se pintan de blancura tus impulsos,  
como una espuma vana e imposible,  
y se retiran luego, temerosos,  
buscando cobijarse en tus entrañas.  
¡ Qué brillos temblorosos te contienen,  
como estela de luz incandescente !  
¡ Qué lujo de cristales encendidos,  
dispersos por tu lisa superficie,  
desprendidos del sol, al mediodía,  
inquietos en la calma de tus aguas !  
Se pierde mi mirada en tus azules,  
y mientras se confunde el infinito  
la luz se hace señora en tus dominios,  
y un barco, solo, pinta su figura,  
inmóvil, con el fondo azul del cielo.

**TU PRESENCIA INTUIDA**

*" l'amor que es diu a la vora del mar  
és un amor de molt poques paraules "*

(Joseph M<sup>o</sup> de Sagarra)

**S**uspiros del amor junto a la playa,  
cuando el otoño mece sus umbrales  
de quita y pon, que mojan las arenas,  
cuando la tarde abunda entre las barcas.

Silencio engrandecido por las olas,  
besos que vuelan tan cerca del agua,  
mezclados con la espuma y las gaviotas  
en medio de un rumor que se repite.

Tu suave imagen tierna de doncella  
sella el silencio ardiente de tus labios,  
y se completa el mar con tu mirada,  
serena ofrenda de tus ojos, plena.

Impúdicos azules se deslizan  
por tu cuerpo, buscándote en tus muslos,  
sintiéndote en la espuma de tus pechos,  
calladamente siempre, sin un ruido.

Y yo, calladamente, sin palabras,  
me entrego a tus secretos como el mar,  
celoso del silencio que te habita  
junto a las olas donde te estremeces,  
al tacto frío de sus pretensiones,  
que te eriza la piel como el deseo.

A un amigo

¡ Qué juego éste de la vida !  
Qué sutil sensación de sensaciones  
Qué indescifrable jeroglífico de emociones  
que nos llevan, nos traen, nos voltean.

Qué rápido y vivido el momento  
del presente que tanto hace vivir.  
Qué lento y meditativo  
el pasado que se ha ido  
y el futuro que no está.

Qué facil la palabra que sale a borbotones  
y el gesto espontáneo.  
Qué bello el parto con fruto  
de una expansión en movimiento.

Qué duro despertar del sueño eterno,  
de la flotación inconsciente,  
de la separación del cuerpo apoyado  
bajo una suave lluvia sin paraguas.

Qué dulce la mirada cómplice  
de otra mirada en acto de demanda.

Qué sabio el silencio activo  
que expresa sin palabras  
todo mi amor por ti.

### Viaje

▲mó los rostros feos  
tanto como a los bellos,  
y en su indefinición  
encontró belleza.

Bebió del agua estancada  
como si néctar de dioses y demonios.  
Apaciguó su hambre  
con sobras de otros y creyó que comía  
manjares del Olimpo.

Visitó el infierno y se abrasó,  
mas salió ileso.  
Trascendió la dualidad  
y miró con otros ojos  
que no están en la cara.

Intuyó que la felicidad  
caminaba de la mano del amor.  
Y no prometiéndolo  
cumplió promesas.  
Y no huyendo encontró reposo.



## MIGUEL ANGEL CURIEL

---

### En la tierra de los antepasados

▲quí las mujeres cosen muy despacio la boca de los muertos.  
Con los labios pintados de rojo el sol ha besado las copas de los  
plátanos y la mejilla de la noche.  
En el vestido negro de nuestras madres sacude el poniente las  
constelaciones.  
A nuestros muertos les llevamos el grano para que siembren en el  
infierno los campos de batalla.  
Un motor se emborracha con el último limo del diluvio.  
Los días se excomulgan uno a uno.  
Aquí recordamos la nieve que cayó por instinto y la lluvia que se  
derramó por rabia.  
Qué pronto calla la chicharra en el pinar al oír los pasos lentos de  
la noche.  
Vertamos nuestro silencio sobre unas cuantas palabras de adobe y  
la melancolía es ciega, la defendemos de la claridad  
con las manos en nuestros ojos.  
Aquí la tierra cruje al paso del sol y los girasoles doblan la cabeza  
buscando los huesos del jilguero caído.  
Es tan terco como un asno cargado con los sedimentos de nuestra  
memoria.  
Aquí le ofrecemos una silla al tiempo y a la memoria el tufo de un  
perro muerto.  
El trillo apoyado en la pared mastica una espiga.  
En los encalados muros del cementerio el silencio cierra la mano y  
escucha a la chicharra mientras el odio se come las uvas y  
la alegría peina el barro azul del cielo.  
Dos mujeres preguntan al hijo de la nieve por qué en sus vientres  
sólo hay piedras y con los labios harinados talla una  
palabra en el hielo.



El tiempo cruje y espanta a los gorriones de estación que duermen  
en una escuela en un  
árbol de tiza.

Y se echan los álamos a la espalda como el Dios del río.  
Aquí disparamos a las estrellas fugaces, amor y odio no se conocen y  
los ríos tienen prisa.

Aquí por un santo hay cinco vírgenes que huelen a cálamo.  
La brisa del Este mueve las ramas del triste pino del Calvario.  
Allí entierran a los mastines de hierro con una mortaja azul.  
Allí las espigas bailan bajo una luna de cal y quien las corta tiene pan  
para la eternidad.

Un día pertenece a otro, en la hucha suena la lluvia olvidada.  
La lluvia que oxidó la mano tendida a las goteras de la aurora.  
Teníamos hambre y con el corazón de un verano alimentamos al  
invierno.

Los mirlos de nieve en el espino se comían los luceros.  
Los tristes se rajaban los ojos con tejas para mirar los pozos.  
Y los desposeídos dormían con una hoz partida en la copa de las  
sabinas.

Aquí las mujeres son de piedra y en su sexo de musgo toma el sol  
la lagartija.

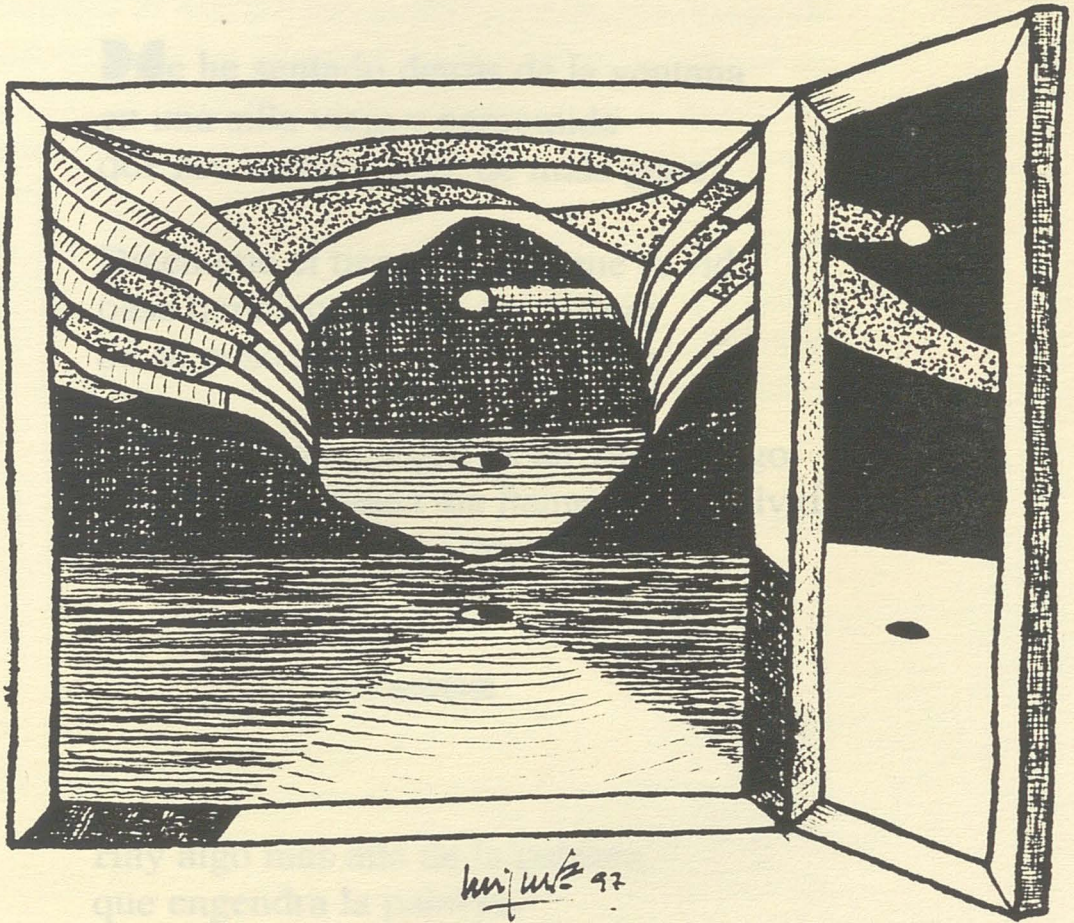
Se trenzan coronas de orégano y machacan el cantueso con el  
cráneo de un guerrero.

Los higos arrugados sobre la estera los aventan un hombre sentado  
sobre una piedra.

Los cuenta mientras talla con una navaja una estrella en el cielo.  
Llevamos dos mil años aquí, en un casco guerrero ha germinado  
un cilio mientras el tiempo abona con sal los  
últimos tallos de la melancolía.

Aquí el mediodía tiene un alacrán en la mejilla.  
El sol es duro y lo partimos con un hacha.





huj w/ 97

que engendra la  
que aviva la  
que la sostiene  
y la alimenta  
y la prolonga  
y la embellece  
el amor



**DICEN DEL TIEMPO**

**M**e he sentado detrás de la ventana  
en una silla vieja y carcomida  
que me sostiene aún, de mala gana.

Dicen que el tiempo pasa, que la vida  
pasa también y voy a ser testigo  
de su paso sin ritmo, sin medida.

Dicen del tiempo que es un viejo amigo  
que, aunque nunca me llame, no me olvida  
y, viajando en las horas, va conmigo.

**EL AMOR**

Hay algo más allá de la palabra,  
que engendra la palabra,  
que aviva la palabra,  
que la sostiene,  
y la alimenta,  
y la prolonga,  
y la embellece:  
el amor.

## LA VERDAD

**C**uando el alma se lanza gozosa tras la búsqueda de la verdad más plena, profunda y transparente, la mueve la intuición de encontrarla en el OTRO. No repara en esfuerzos. Se arriesga y se desprende

de apegos engañosos, de luces vacilantes y afronta oscuridades en la única certeza que la sostiene ya caminando en la fe: la verdad la descubre el amor que la espera.

## ENCUENTRO CON EL OTRO

**A**somado al balcón sobre el acantilado, me acerco hasta mí mismo, al encuentro del OTRO. Y bajo hasta la celda, donde habita amoroso, que construyó en mi alma. ¡Cómo ruge el océano!

Me seduce el Misterio. En su voz, me regalo una promesa nueva de campos sin abrojos, trigales sin cizaña, alamedas de chopos. El sol de media tarde acaricia este sueño.

### EL CANTO DEL AMADO

**C**uando vienes callado y en oscura presencia  
a este momento íntimo que dilata la vida  
(mi vida, la del mundo y la del universo),  
mi corazón se ensancha en caridad subida.

Y sólo quiero amar y, a ti, vivir unido.  
Es como un gozo nuevo, gozo sin precedente.  
Es un gozo velado, más acá de la gloria,  
el que abrasa mi pecho en un dolor ardiente.

Es fuego del Espíritu que tú me comunicas.  
La candela amorosa, desde tu corazón,  
ha prendido mi alma y la ilumina toda.  
Ya no valen palabras, ni juicio, ni razón.

El canto de los álamos mecidos por el viento  
es la intuición humilde que, al Misterio, me lleva.  
El canto de mi amado es el Misterio en mí.  
Y su canto es silencio, silencio que renueva.

## LA TARDE

**S**e estremece la tarde rendida ante el Misterio,  
abierta hasta la anchura de un lago sin orillas,  
de un mundo renovado por encima del tiempo,  
sin arrugas ni sombras, en luz contemplativa.

La tarde se transforma y se hace transparente,  
espejo del Misterio, sutil hierofanía.  
Belleza poderosa sostenida en el fuego  
que retrasa la noche, levantando la vida,

en actitud orante, hacia el seno del cosmos.  
¡ Qué hermosa está la tarde que me inspira este rezo !  
Es la Belleza toda volcada hacia los hombres  
en místicos alardes. El rostro del Misterio

ilumina la hondura del corazón del cosmos.  
Y el universo entero, en silencio de júbilo,  
se asombra ante el milagro del hombre renovado  
y celebra la vida de atardeceres únicos.

## MAR PECES

---

### YA NO SERÁ DISTINTO

**U**n paso más y  
cómo me detendré al borde de la nada  
dándome en las mejillas  
esa ausencia que creo que es la muerte...

No temblaré  
cuando libere  
mis bien alimentados papeles de penumbra:  
sin descanso, gaviotas,  
olas, algas, medusas, mantas raya  
que llegan y preguntan por Ulises.

Qué importa que me quede al borde de la nada  
si de viaje voy con mis papeles,  
si lloro de alegría sintiéndome ligera,  
lejos de los volcanes...

Un paso más y  
ya no será distinto  
por fin clavar la pluma en el pecho de un pájaro  
o seguir escribiendo  
sobre el mar,  
sobre el aire.

Allá van mis palabras, allá voy peligrando...

Cómo dejar de mí lo que me empuja  
a dar un paso más  
y ser más transparente que la vida...



**PEREZA**

**M**e resulta cansado dar una explicación, por qué me gusta convivir con objetos silenciosos y no tener que conocer la prisa para buscar un hombre que me cuide.

Antes, era muy joven y muy crédula, el tiempo se ponía de mi parte, bandadas y bandadas de aves impetuosas levantaban mi vuelo... y ¿ qué era yo sino reciente manantial, burbuja enamorándose ?

Me resulta cansado salir por encontrar una respuesta, llegar de madrugada sabiendo que aquello que la noche prometía fue menos que un señuelo, llegar de madrugada con la boca dolida de tanto sonreír a los fantasmas.

Prefiero no vestirme los domingos, viajar por el pasillo de mi casa, nadar hacia las islas aún con sus poblados sin rendirse.

Prefiero no mirarme al espejo y soñar algo mientras transcurre el día dulce e indolente.



**SIMPLE THINGS**

**T**odo desaparece  
igual que una sonrisa maliciosa de gato.

Primero transparentan las cosas su difícil sustancia de tesoro:  
por un instante tuve el secreto del vidrio,  
la verdadera trama de la arcilla,  
el calmo corazón de la madera, el hierro, el algodón hilado  
y un susurro lechoso.

Toqué las cosas para reconocer su forma  
y su fiel compañía;  
por un segundo eternas, admirables,  
creciendo en los motivos de hacer suya mi casa.

Pero después escapan de las manos;  
resbalan gravemente a su inicial materia,  
caen cuando se cae del santoral el día donde amé la presencia  
del amor en sus hermosos perfiles,  
cuando ya no recuerdo cómo me sedujeron  
con su quieta llamada  
y pierden la importancia de haberme consolado de la invasión  
[del polvo.

Se deslizan al lado frío de los desvanes  
y acaban por hundirse.

Tan sólo están sus nombres  
y su lugar en vano y la súbita muerte  
de su intención de espíritus.

**EL DÍA QUE HILLARY CLINTON VISITÓ TOLEDO**

No es por casualidad que las cosas sucedan  
un martes de mercado.  
Pero, ella es así.  
Y aunque primera dama se muestra testaruda,  
con sus tontos caprichos  
de niña consentida  
y poca educación.

Yo se lo dije claro: el martes, no, gatita.  
El miércoles, el lunes o cualquier  
otro día de la semana.  
Pero el martes, no, my darling.  
¡ Bastó que lo dijera !  
¡ Demonio de mujer !  
No pudo resistir  
hacer su real gana.

Y así nos fue la fiesta... ¡ Vaya plantón, cariño !  
Cinco horas son muchas  
para el body del chachi.  
¿ Crees que soy un alcalde, o un edil provincial ?  
No, amor, yo no me inclino  
para besar tu mano.  
Yo muerdo con pasión.

¡ Allí me iba a quedar ! Estabas advertida.  
No viniste y me fui.

A mí no me deslumbra  
que tu marido ostente la potestad del mundo.  
Te esperé y me cansé.  
¡ Qué te creías !, Bay, bay.  
Es que yo soy muy mío.

Del gasto, olvídate; está todo pagado:  
la habitación, el vino  
y la complicidad.  
*"- Tan sólo una mañana.- Bien, ningún problema- "*  
( sin saber que eras tú,  
la gran primera dama,  
la amante impuntual )

En fin, Hillary, amor, que tú te lo has perdido.  
Te vas sin conocer  
el polvo toledano,  
más dulce que la piedra, la luz y el mazapán.  
El martes te esperaba  
tu corte de gorilas,  
y yo ya te advertí.

Así es la vida.  
Pero pudo haber sido más hermosa, sin duda.

Tres oscuras inclinaciones rondan la puerta del alma inocente: la escabrosa cuesta que conduce al mundo, la resbaladiza pendiente de las malvadas acechanzas del demonio y el arbolado ribazo que se precipita en las turbulentas y rizadas aguas de la carne. Tres emboscadas alevosas contra la débil muralla de la inocencia, contra la fortificación de la pureza, contra la frágil armadura de la virginidad. El mundo, el demonio y la carne acechaban a María de los Dolores Maula y a sus dieciocho morenos, duros y apretados años de hermosa tentación.

-Vd. ¿la vio desnuda?

-Sí señor. La vi en pelota viva... y me gustó.

-Pero desnuda..., desnuda...

-Desnudísima, en porretas, tal como su madre la echó al mundo.

-¿Y le gustó?

-¡Pues claro que me gustó! Ya se lo he dicho antes, ¿es que le hablo en turco?.

A María de los Dolores Maula no se le podía poner ninguna pega corporal. Cabellera negra, larga y rizada; ojos algo achinados; nariz griega; orejas pequeñas; labios finos; dientes blancos y bien acomodados; cuello largo; espalda recta; nalgas amanzanadas; pechos redondeados de amables pezonaduras; vientre liso; pubis sedoso y un par de muslos recios escurriéndose hacia unas pantorrillas de melocotón atadas a delicados tobillos sobre pies de diosa.

-O sea, un monumento.

-No señor. Una hembra de buen ver y catar.

### LA CITA

**M**e llamas desde el bar.

*Mira cariño, yo te aconsejo*

*que pidas un café mientras me esperas.*

*Aún tengo que ducharme.*

*Si no hay circulación, calculo  
que tardaré en llegar veinte minutos.*

*Chao, mi amor, hasta luego.*

He colgado el teléfono sintiendo  
que ya perdió la rosa su belleza.

Me propuse pasar la tarde solo,  
tranquilo, relajado, escuchando

el concierto

para orquesta y piano número cinco de Beethoven,  
y leyendo los versos de Cetina.

Ahora tendré que posponer

la frívola esperanza de un dulce paraíso

por atender al eco carnal de una mirada,

saborear la espuma de una amarga cerveza

y hablar de tonterías, amor, que hay citas

homicidas, que ya cansan.

**AL ENIGMA DEL ACUEDUCTO Y LA CINTA**

I

**S**etenta y siete por cincuenta y tres.  
Yo no te imaginaba tan pequeña,  
enorme frente al rostro de la plebe  
embujada de luz. La sala aquella  
rendíase a la línea de tus labios  
en ávido tropel. ¿Dónde tus cejas?  
A un metro de besarlas con los dedos,  
me prendaron las formas de tus piedras,  
el sueño de tus manos, tu nariz,  
el extraño acueducto. Sol de niebla,  
tendrían que quebrarse los penachos  
que tremolan detrás de tu cabeza,  
y la carne, por Dios, que se apagara  
cubierta por los tules y las sedas,  
que sobra con tus ojos, con tus párpados  
y esas islas de islas de belleza  
que no hay iris que supere. Lejano  
- entre los dos, tan sólo un metro media -,  
me atrevo a suplicarte la mirada  
y el mágico candor de tu promesa.

## II

■ No quiero ver la imagen de tu rostro  
vibrando, incombustible, en el espejo.  
Pero una sombra sólo, color rosa,  
falsa cinta de seda, mis deseos  
lacera y decapita con su nada.

Quiero borrar tu cara de mi sueño.

Si pudiera romper esa torpeza,  
hacer miles de añicos sus reflejos,  
como rompo una frase, si me apuran,  
o como, si un preciso rompo es verso  
- que yo no ansío más que imaginarme  
en brazos de tus brazos, leve el beso,  
prendido de tus cumbres, de tus lagos,  
sumido en la floresta de tu cuerpo -,  
no dudes que lo haría; hasta tal punto,  
que estoy por emprender vuelo directo  
hasta la National Gallery, Londres,  
y gritar *¡only you!* con voz de acero,  
acuchillando el rostro que te infama,  
desgajando mis dudas de tu lienzo.

¿Por qué no dejaría en paz al ángel,  
y colgado de su cinta al espejo?

I

**Y**o soy el que conoce las palabras,  
el que al alba enumera las hojas de los árboles,  
el que convoca los pájaros  
en el crepúsculo rojo,  
yo soy el advenedizo del tiempo,  
aquél que en primavera  
recuerda a las flores su deuda con el amor.

Busco en las emociones,  
en los párpados hallo,  
pregunto a quien viaja  
por los últimos colores del cielo.

Yo soy el que ama solo,  
el que os quiere y se humilla,  
soy el duende clásico de una estirpe  
que os abraza en las arenas del mundo.

Yo quiero ser la vid que os embriaga,  
quiero ser al que miras  
y el que después de haber mirado  
electrifica tu piel, tu sonrisa y tu rumbo.



## II

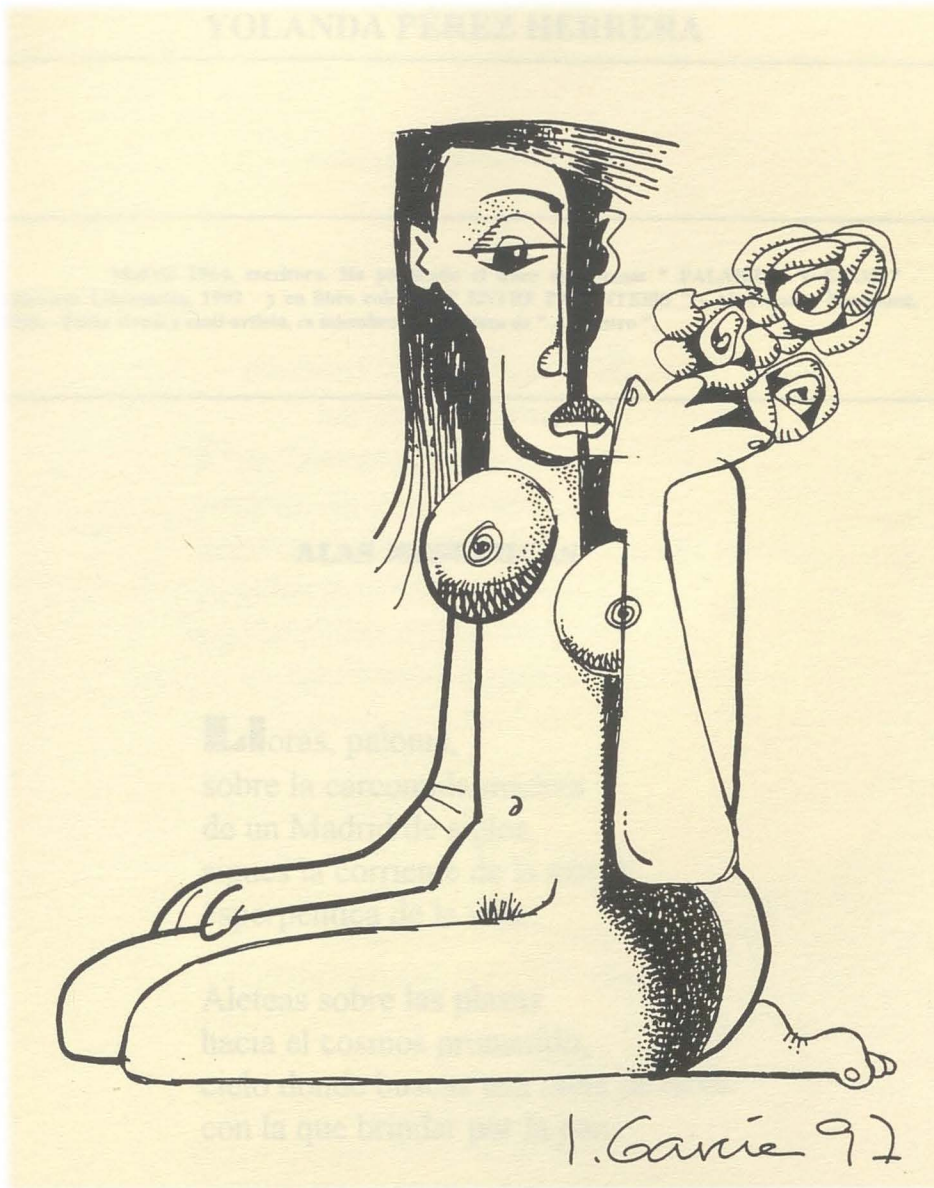
■ ■ Hoy he sabido que tus ojos me perduran,  
que a un antifaz y a un latido  
propongo tu boca y mi espesura.

Ya no quiero hemisferios ni amapolas,  
quiero un horizonte que palpite,  
un mar entero de septiembres.  
Quiero una oleada de risas,  
que como un árbol hirviente de presencias,  
humedezcan mi sangre y me alimenten.

Y beber, con la mente alerta, de tus besos,  
y si tú,  
en una dulce pirueta de ternura y de aromas,  
dibujas una cicatriz en mi mejilla,  
un alud de miradas en mi espalda,  
me esposaré a un aullido irrespirable  
porque tu vida me desgaja en la distancia.

Es producto de un delirio,  
de palabras que sobran y de barro,  
es un día de lluvia  
que se posa sobre mi muerte,  
es un temblor de labios,  
es un silencio, es un álamo,  
es una hiedra de fuego sobre mi cuerpo ausente.





**Volvió a comer tierra y cal de las paredes con la  
avidez de otros días, y se chupó el dedo con tanta  
ansiedad que se le formó un callo en el pulgar.**

*G. García Márquez: "Cien años de soledad"*



## YOLANDA PÉREZ HERRERA

---

---

Madrid 1964, escritora. Ha publicado el libro de poemas " PALABRAS Y ECOS " - Ediciones Libertarias, 1992 - y en libro colectivo " ENTRE PARENTESIS " - Abecedaria, Barcelona, 1995 -. Poeta visual y mail-artista, es miembro y co-editora de " Alabastro ".

---

### ALAS MESIÁNICAS

**L**loras, paloma,  
sobre la carcomida madera  
de un Madrid de siglos,  
sigues la corriente de la marea  
esperpéntica de la urbe.

Aleteas sobre las plazas  
hacia el cosmos prometido,  
cielo donde buscas una rama de olivo  
con la que brindar por la paz.

Vives a expensas de un vuelo,  
paloma, sobre seos de un aluminio,  
hacia la mano de un octogenario  
que te entrega su memoria  
entre migas de desconsuelo.

### Así Fue Sobre Alguien

**Y**o quise creer y confundí  
el lugar para sentarme  
con una tribuna.

Para hablar hay que levantarse,  
no simplemente dar la cara  
sino la talla justa con la voz  
y con el cuerpo erguido.

Inmensamente triste  
el episodio acaecido,  
me reviento dulce  
y colérica a la vez,  
¿ qué esperabas del poder  
que defiende sus parásitos ?

Diálogo ! ?, mi amor,  
que se entrecruza y forma  
el argumento ininteligible  
de los negocios.

Soy yo, lo sé, y lo olvido,  
quien arrastra perdida  
un honor pasado de moda:  
POESÍA

**F**lorido tu rostro

entre un centenar de rostros  
todos sonrientes, agradables y hasta eróticos,  
elegidos para rellenar  
alguno de mis versos  
no voy a preguntarle por tu signo zodiacal  
o si vienes mucho por aquí.

Quiero saber si guardas flores  
entre tus manos, entre tus piernas,  
podría fotografiar cada uno de tus pétalos  
y hacer una exposición de cristal  
donde no me preocupe vislumbrar  
idea tuya alguna.

Solo espero encontrar  
todos los centímetros de tu piel  
unidos en procesión, formando tu cuerpo.

**LAS DOS CARAS**

El sol y el mar asesinados  
los sueños exiliados  
la verdad maltrecha  
los gozos y el perdón arrinconados  
la duda abierta

es el imperio del aire  
conquistado a cada hora  
todo rigor apocalíptico

no puedo ser  
ahora mismo sino otro  
quien me defienda  
quien ataque

las dos caras

del mismo ser  
mar  
yo  
sol  
sur  
fin  
dos  
tres...



**PALABRAS DE BARRO**

La zancadilla de un verso  
derribando la notoriedad de su autor

esta noche llueve  
sobre la mesa y los papeles llueve  
un río de poemas inundó el suelo de la habitación

al mediodía el suelo seco  
no había poemas  
volverá a llover esta noche  
el poeta dormirá bajo la lluvia

mañana solo habrá un hombre  
derribado por un verso

*( 8 de febrero de 1997)*



**Lejos quedan**

la mano de un joven amasando líneas  
los rincones donde las páginas dormían  
las tardes de sol en los jardines  
la arena y el agua en el rostro  
porque cada brizna de vida  
se renueva a través del tiempo  
caballo que camina acelerándose  
porque cada hombre encuentra  
su lugar y su memoria.

*(Octubre, 1997)*



## MARÍA MUÑOZ

---

*" Te llamas NADA en el ambiguo matiz del amor y la poesía...  
Yo te confortaré en TIERRA DE PALABRAS "*

▲ Allí todo florece.

Y los árboles, y los claros, y los confines,  
hasta la piedra misma del borde del camino...  
convocan sensaciones al alba diferentes;  
activas como el deseo, deslumbrantes,  
de golpe enaltecidas.

Y los manantiales, y las lagunas, y los torrentes,  
llevan tu nombre: tu nombre AGUA  
- tu nombre vida en otros nombres -, fuerza,  
crecida y madrugada.



**POEMA SALADO**

... a JOAQUÍN

**E**n sus palabras, llanto que clama.  
En sus derrotas, llanto que clama.  
En los sarcasmos, en la ironía,  
llanto que clama.  
La victoria esperada durante siglos...,  
en " las traidoras ! ",  
por la voluntad de mimarlas.  
Alimento de un soplo romántico,  
voz de la voz que no calla  
- sonríe -,  
hay algo que le hace cosquillas,  
hay algo que le acompaña  
desde otros mares y continentes,  
en su batalla.

## MARÍA ANTONIA RICAS

---

### " CÓMO LLENARTE, SOLEDAD "...

**S**iempre he buscado la misma palabra  
en el idioma de los caballeros de la vieja Europa  
y en la voluntad que se ha resistido a los días más hábiles  
como calzada romana cubierta  
por la hierba.

La preciosa palabra del orfebre,  
la palabra del tigre, la palabra que chupando la médula  
a la inocencia nace  
más cerca que mi madre o que mi pecho.

Es la señal que grabaron los brujos  
en mi frente,  
el perro fiel que nunca me abandona  
cuando se olvidan todos los amantes de pedirme perdón.

Aquí, en esta palabra  
sumerjo mi amargura y me voy desnudando ante sus ojos  
pues sólo en ella entiendo quién he sido,  
sólo en ella me busco  
y me acompaño.

**CUENTO****I**

La princesa  
nació durante el tiempo de la caza,  
cuando los crisantemos equivocan su orgullo.

Nació porque el azar es una incomprensible criatura  
que nunca se confía.

Sus padres eligieron, para su nombre, nombres  
del oro y minerales  
que sueñan los esclavos del descanso.

- Te llamaré la aurora y su promesa -,  
dijo su madre.

- De acero, de jubilosas conquistas -,  
dijo su padre.

Y levantó su mínimo cuerpecito a la luz.

Y hubo una sola fiesta de cariño;  
engalanada plaza de reyes y de lluvia  
para que no faltara ni el trigo ni la leche  
ni el algodón en los cuerpos hambrientos.

Vinieron los espíritus  
que regalan la suerte y su moneda.  
Señales en las nubes, águilas positivas,  
y tres encantadoras como si tres virtudes  
pudieran convencernos, bailar como tres gracias.

---



El sol en la colina del laurel.  
El aire igual que el mar.  
Y nada que contenga una palabra oscura,  
ningún presentimiento  
ni ninguna mentira.

## II

Pero anduvo la Luna la noche, acechadora.  
La Luna o la mujer o LA MUERTE EN LOS OJOS  
o Diana cazadora sorprendida.

No recibió un presente de rosas confituras  
ni contestó al mensaje que nunca fue enviado.

¿ Qué insalubre lesión es el desprecio ?  
¿ Qué venganza responde al desatento olvido ?

Llegó cuando la fiesta era confiada,  
cuando se presentaron nomeolvides azules,  
cuando se piensa en bodas y en regalos.

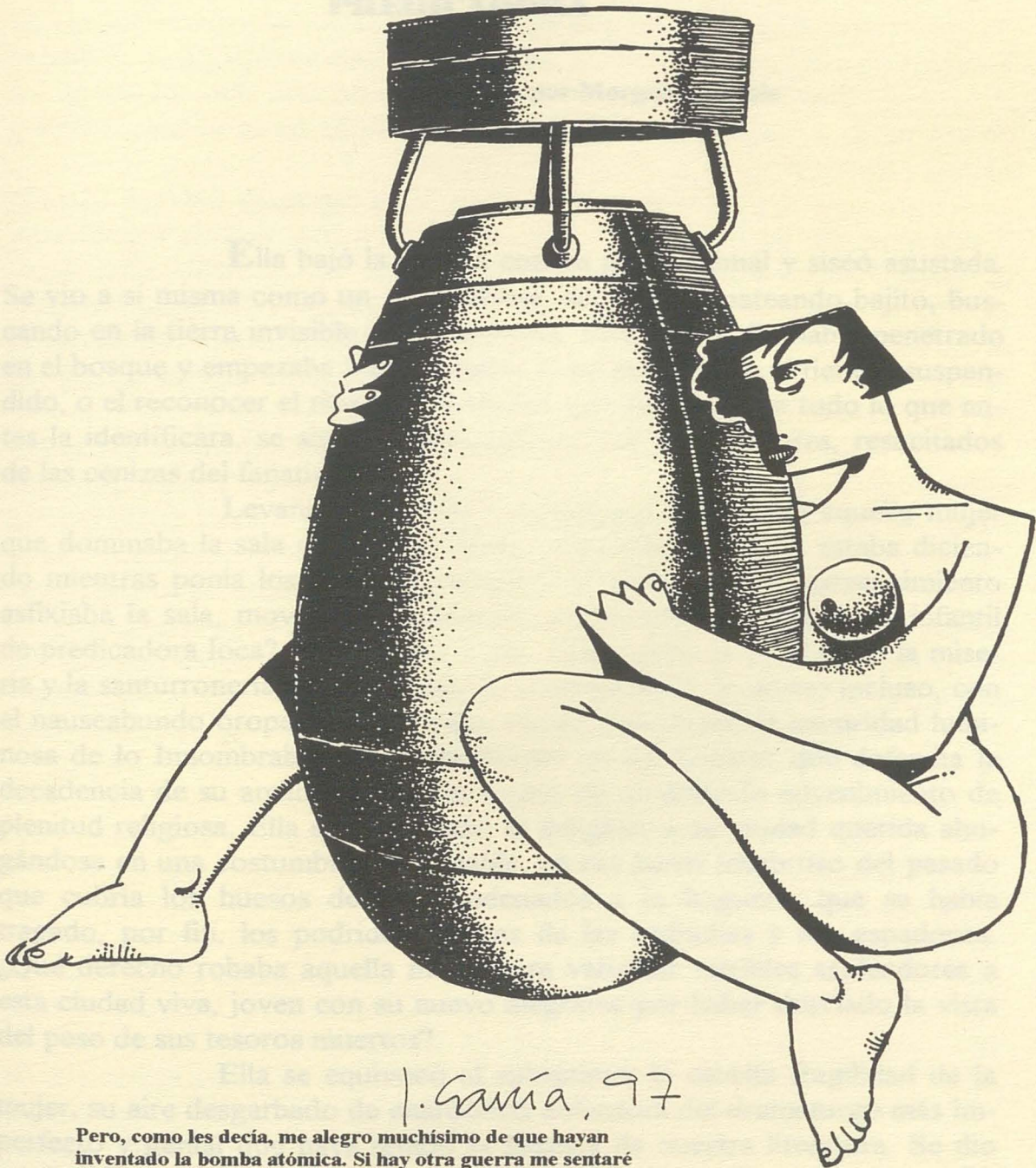
Y enmudecieron todos,  
la lluvia,  
los guerreros,  
las arañas de luz.

- Serás Indiferencia,  
te llamaré el ingrato  
dolor de los que pierden la alegría,  
te quedarás despierta  
llamándote Penumbra -,  
gritó al desvanecerse la Luna sobre el agua.

Nadie supo romper la maldición  
de la melancolía.  
No se la vio crecer a la hija del deseo.  
Y nadie entró en el bosque  
ni derribó el castillo de maleza.

Pisoteó el rebaño de elefantes  
la tienda hecha de día  
y la princesa tuvo  
su momento vulgar de desatino.





J. Gaviria, 97

**Pero, como les decía, me alegro muchísimo de que hayan inventado la bomba atómica. Si hay otra guerra me sentaré justo encima de ella. Me presentaré voluntario, se lo juro.**

*J.D. Salinger: " El guardián entre el centeno "*





## PREDICADORA

por Morgan Anansie

Ella bajó la cabeza con un gesto animal y siseó asustada. Se vio a sí misma como un gato salvaje, acorralada, pateando bajito, buscando en la tierra invisible su escapatoria. Ella, que al fin había penetrado en el bosque y empezaba a comprender el no pensarse, o el tiempo suspendido, o el reconocer el ritmo de la verdad que iba borrando todo lo que antes la identificara, se sintió amenazada por los depredadores, resucitados de las cenizas del fanatismo.

Levantó la mirada y contempló otra vez a aquella mujer que dominaba la sala con sus palabras. ¿Qué despropósitos estaba diciendo mientras ponía los ojos en blanco? ¿Con qué agresivo convencimiento asfixiaba la sala, moviendo su flequillo americano, perversamente infantil de predicadora loca? Aquí, frente a ella, regresando de la edad de la miseria y la santurronería, confundiendo la espiritualidad, lo divino incluso, con el nauseabundo oropel de unos ritos vacíos, mezclando la oscuridad luminosa de lo Innombrable con la exaltación de un discurso que defendía la decadencia de su amada ciudad en espera de un absurdo advenimiento de plenitud religiosa. Ella se estremeció al imaginar a su ciudad querida ahogándose en una costumbre irretornable, en ese barro tenebroso del pasado que cubría los huesos de los condenados a la hoguera, que se había tragado, por fin, los podridos mantos de las cofradías y los espadones. ¿Qué derecho robaba aquella mujer para vaticinar terribles esplendores a esta ciudad viva, joven con su nuevo alegrarse por haber desviado la vista del peso de sus tesoros muertos?

Ella se equivocó al subestimar la esbelta fragilidad de la mujer, su aire desgarrado de enardecida defensora del dramaturgo más imperfecto y genial que haya tenido la historia de nuestra literatura. Se dio cuenta, demasiado tarde, que su salida del bosque fue exponerse a las

palabras como piedras de los que estaban contraatacando con sus piedades malolientes, con sus insistencias, jamás en la celebración de la divinidad sino en el sombrío elogio del polvo y de lo que devoró, durante siglos, los corazones y, a latigazos, las espaldas. Demasiado tarde el enfrentarse a aquella mujer.

Quizá, si se hubiera reído, si su carcajada hubiese cruzado la sala igual que un relámpago rompiendo la fervorosa tiniebla del silencio, provocando con su pecado de gozo, burlándose de una inverosímil devoción en Minnensota que, desde luego, no era misticismo, ni sensibilidad, ni abandono de lo humano por un misterio celeste. La risa que resquebraja la densidad del mármol de las tumbas, que descubre grotescas las amarguras de los penitentes gimiendo en latín.

O, tal vez, si se hubiera acercado a otro de los conferenciantes con su andar de gato que conoce la primavera del serbal, que olfatea el almizcle de los ciervos excitados y se empapa de esa lluvia bajo la cual es imposible estar tranquilo, y hubiera restregado su lomo perfumado de lo salvaje entre los tobillos del hombre, y hubiera subido a su cuello para lamerlo delante del público, para murmurarle al oído la sensualidad de las palabras de los árboles y las violetas, las últimas palabras paganas del deseo que todavía flotan sobre el estanque de la Diosa, allí en lo más escondido de la maleza. Si le hubiera besado llevando en sus labios el fruto del serbal...

Volvió a bajar la cabeza y siseó asustada.

Al instante siguiente, cuando los aplausos afilaron la sala, ella se levantó y quiso escapar mientras nombraba el cuerpo desnudo de la Diosa, solamente dormido bajo la escarcha.

## COMO UNA HORMIGA

por Joaquín Copeiro

**E**nsayó con su pierna izquierda la salida a la calle, y plantó el pie. Aún con la derecha en el zaguán, miró al cielo, y espejeaba: a punto estuvo de aplaudirle y de abrazarse. Con la mirada alta, cerró los ojos y sintió que era un día hermoso para irse al parque, *hoy que no tengo que ir a la oficina de empleo, o mejor de desempleo*; allí esperaría al niño. Instintivamente, tiró por fin de la pierna retrasada y la adelantó a la otra; instintivamente, pisó firme buscando la estabilidad; instintivamente, palpó la diferencia entre la dura piedra y aquella materia blanduzca y repugnante, que no hacía falta ver, ni oler, para reconocerla de inmediato como una de las cagadas más infamantes de todas las que poblaban la acera, *¡me cago en la mierda y en la madre que la parió!*, para saberla escalándolo tobillo arriba, pantorrilla arriba, muslo arriba, y llegándole hasta las manos como un intensísimo y lacerante sentimiento de suciedad. Como es natural, se frotó las manos, se las miró, se las acercó mosqueado a las narices y buscó desesperado un lugar más apropiado que el bordillo - *alguna abuela se la llevaría untada en el zapato, o en los calzones algún niño que se sentara aquí* - en el que restregar su pie, un alcorque con tierra o con hierba, felpudo natural y urbano, donde debería haber enseñado el amo, en todo caso, a defecar a su pobre animal, tan libre de culpas desde luego, que debería ser aquél quien limpiara ahora la calle, pero con la lengua, *¡maldita sea, con la lengua!* Se dirigió al árbol más cercano todo lo deprisa que le permitió su paso desequilibrado por la necesidad o irreprimible deseo de andar cojeando sobre la punta del pie derecho por temor a desparramar la privada canina por los adoquines, o por miedo a que, si la aplastaba contra el suelo con todo el peso de su humillación, seguro que la inmundicia acabaría penetrando en los poros de la suela de su zapato y en los de su pie, introduciéndose entre sus dedos, cubriendo sus callos como una poma-



da o una crema nutritiva -¡ horror !-. Allí, en el árbol, al pie del árbol, sobre la tierra y la grama, se limpió como pudo el zapato, pero la irritación que habían sufrido sus papilas olfativas no lo abandonaría durante mucho tiempo, ni siquiera cuando unas horas más tarde, a las dos en punto, se fuera a hacer de vientre a la puerta del juzgado.

Menos apurado, pero apurado aún, se dirigió al parque. De vez en cuando volvía la cabeza para ver las huellas de podredumbre que iba dejando tras él, eso sí, cada vez más difuminadas. Y cuando las huellas dejaban de distinguirse, él seguía volviéndose con un movimiento que había logrado automatizar en pocos minutos, los que habían transcurrido desde que pisó la cagada; como tanteaba, cuando conducía, el freno de mano o el estárter, sabiendo, como sabía, que ni el freno estaba echado, ni el estárter sacado. Así que miraba hacia atrás una y otra vez, lo que lo llevaba a desentenderse de su ruta hasta el punto de que por poco no pisa de nuevo otra formidable deyección.

Llegó al parque, y allí, que todo era tierra, se sintió más cómodo, aunque ni con el romero logró borrar la sensación de suciedad que le pringaba las manos y que se le había instalado, como vegetaciones, en las fosas nasales. Pero, al fin, por el parque paseó, en él gozó del sol y con él pareció olvidarse de su situación de *parado de larga duración*, de las amenazas del ayuntamiento y de los apremios del juez, *que no se atreverán, no, no lo creo*. A trechos andaba con los ojos cerrados cara al sol; con la mirada prendida de sus zapatos viejos y sucios, en ocasiones. Así recorrió los paseos de tierra y llegó hasta el lago y volvió a las pistas y torció luego para saludar aquella efigie monolítica, o bronceína, rígida y hierática en todo caso, de Alfonso X. Y allí, en la plazuela del rey, decidió hacer un alto. Un banco de hierro forjado, modernista, acogió sus posaderas. Pero él no se arrellanó en el asiento, sino que, sentado en su borde, se inclinó adelante para comprobar si aún quedaban en su zapato restos de aquella escatológica fetidez o no, indicios de la insoportable agresión que había sufrido a la salida de su casa. Y entonces fue cuando descubrió unas hormigas gateándole por el zapato derecho como si raquearan, entre los restos de porquería, *¡serán guarras!*, y más allá el hormiguero, y la columna de animalitos que, en perfecta formación, *parece mentira*, iban y venían a lo largo de un camino que se perdía detrás de los setos, a unos doce o trece metros del hormiguero. Era asombrosa la organización cuasi militar de a-

quellos bichos tan minúsculos y sin embargo tan fornidos. Pero era evidente que aún no habían conseguido, *ni creo que lo consigan jamás*, una organización científica del trabajo, tayloriana; si no, ¿de qué cada individuo iba hacer lo que hacía, salir del hormiguero, alejarse metros y metros hasta localizar la comida, recogerla, volver cargado con ella al hormiguero? Es verdad que desde allí las hormigas jardineras se llevarían la comida al almacén, o eso le explicaron alguna vez en las clases de ciencias naturales. Pero la división del trabajo era tan elemental, que no se la podía calificar de tal. No, no. División del trabajo era la del *hombre siglo XX*, las cadenas de producción, las series, Charles Chaplin en *Tiempos modernos*. No obstante, si agarrara un palo y cortara con una línea en la tierra la fila de hormigas, el desconcierto cundiría en la colonia, un desconcierto del que tardarían en reponerse un tiempo, largo para ellas, o largo para él, porque ellas ni fu ni fa, y eso si lo comparaba con lo que creía que vive una hormiga, pero *¿cuánto coño vive una hormiga?* Ni idea, no tenía ni la más remota idea. Lo mismo eran meses, que años. *¿Y cuánto viviría él, sin trabajo, con una amenaza de...? ¡No creo que se atrevan esos cabrones!*

Por un momento se reclinó en el banco, echó la cabeza atrás, cerró los ojos y aspiró con fuerza cuanto pudo del aroma de las plantas y las flores. Pero lo que percibió fue un olor mezcla de mierda y hierba. Volvió a las hormigas y con el palo deshizo la columna de exploradores, *por aquí y por aquí y por aquí*, y esperó a que los insectos se reorganizaran poco a poco, y a uno que llevaba una cáscara de pipa que abultaba como cinco veces él, lo cogió con el palo, lo transportó con cáscara y todo por el aire y lo hizo aterrizar, *¿contento, compadre?*, en la misma orilla del hormiguero. ¡Y qué hormiguero! Era grande, con varios conos de tierra y con muchas bocas de cueva, de manera que recordó la *Camelot* de Harold R. Foster y el *Sacromonte* granadino, y, sin saber por qué, también se le vinieron a la memoria la antigua panadería que regentaba su tío abuelo en plena autarquía, allá por los cincuenta, y el desván de la tía abuela, de la misma época, y hasta los trasiegos de Arthur Gordon Pym en la sentina del *Grampus*. Tal fue la intensidad de la evocación, que miró el reloj y no lo dudó dos veces: arremetió contra el hormiguero palo en ristre, *en este agujero y en éste y en éste, porque quiero*, porque necesitaba descubrir cómo estaban organizadas bajo tierra las hormigas, si el trabajo estaba más divi-

dido de lo que parecía desde la superficie, cuál era la distribución de las estancias, cómo salvaban los obstáculos del terreno, qué insospechados recovecos recorrían sus galerías, cómo eran de largas. Y así, como un poseso, socavó, taponó, derrumbó, taladró, removió, aplastó, desplazó, levantó, golpeó, trituró, hirió, mató como un dios en pie de guerra.

-¡Papá, papá!

Bruscamente, sintiéndose pillado, tiró el palo y se puso en pie de un salto. Luego corrió hacia su hijo, a quien besó, alborotó cariñoso el pelo de la cabeza y le echó, en fin, un brazo a los hombros, pero a quien no dijo nada, a pesar de los requerimientos del niño.

Padre e hijo salieron del parque.

-¿Qué tal en el colegio?

-Bien. Tengo hambre. ¿Qué hay de comida?

Por enésima vez, él miró su sombra, se miró la suela del zapato derecho, inspiró fuerte al tiempo que jugaba con la distancia de su rostro al pie, acortándola, olfateando como un sabueso, estirándola. Naturalmente, el niño le preguntó qué le pasaba, y él hubo de confesarle que había pisado una plasta de perro, una inmensa, grumosa y olorosa plasta de perro, después de lo cual no tuvo más remedio que limpiarse de nuevo las manos frotándose las en los pantalones.

Caminaban en silencio y, conforme lo hacían, él iba recordando el destrozo que había infligido al hormiguero, y todo por la curiosidad de olisquear en su disposición interna, por un afán de aventura que aún latía en él, reminiscencia de una infancia un tanto robinsoniana. A pocas manzanas se vislumbraba la esquina tras cuya vuelta vivían. Él buscó su rastro de porquería y, por fin, descubrió algunas de sus huellas, ya un tanto desdibujadas. Inspiró aire, atmósfera, ambiente otra vez, pero no olió a mierda, sino a polvo, un polvo terroso y seco como un dolor de cabeza, proveniente de una espesa nube que brotaba de la esquina. De pronto, a pocos metros del lugar, y cuando él se percataba del grupo de gente detenido en la propia esquina y que miraba hacia dentro de la calle, una suerte de zambombazo retumbó entre las fachadas, y la nube de polvo se removió como agitada por el diabólico resoplido de un dragón de tres cabezas. Impelido por un mal presentimiento, echó a correr, *¿adónde vas, papá?, ¡espera!*, y en su carrera pisó esta vez, *cuidado, que la pisas*, un gigan-

tesco zurullo, como de pastor alemán, que lo hizo resbalar y trastabillar. Pero fue más poderoso el miedo al desastre, a que hubieran materializado sus amenazas, a que se hubieran atrevido *los hijos de la gran puta*. Volvió la esquina y se quedó clavado; su hijo se le vino encima, chocó contra él. Ambos, padre e hijo, contemplaron atónitos la tragedia: dos máquinas excavadoras daban buena cuenta de la casa familiar, de la que ya tan sólo resistía uno de los muros de carga; el concejal de urbanismo, el juez, media docena de policías municipales, otra media de hombres con mono azul en torno a un camión con unos cuantos enseres, los pocos que había conseguido salvar de los sucesivos embargos judiciales, y puñados de curiosos aquí y allá completaban la desolación. Pero él no dijo nada, ni tampoco su chaval. Él permaneció silencioso unos minutos, puede que quince, apretando los puños y los dientes, masticando el olor a mierda y a polvo, oyendo sollozar a su hijo que se había sentado en el umbral de un vecino, y, cuando el concejal y el juez amagaron una aproximación a él, se dio media vuelta y salió disparado en sentido contrario.

-¡Oiga, oiga!

Pero él corrió como un endemoniado, sin parar, y cruzó calles, plazas, esquinas, salvó coches, motos y furgonetas, cadenas contra el paso de vehículos, escalinatas, hasta llegar al juzgado y situarse exactamente bajo el dintel de su puerta principal. Allí, con la suerte de que en ese momento no hubiera guardias, se quitó los zapatos y el cinturón, se desabotonó los pantalones, se los bajó y, en el interior de aquéllos, ya embadurnados por fuera, mitad en uno, mitad en otro, se sintió un tanto perro y expulsó, justo cuando el reloj de la plaza daba dos aldabonazos, un amasijo de podredumbre y de mala leche, caliente y humeante, cuyo perfume se le mezcló en la nariz con el de la ñorda que había enturbiado sus pasos aquella aciaga mañana. A continuación, se subió los pantalones y se los atacó con el cinturón; cogió los zapatos cargados de excrecencias y los lanzó dentro del juzgado. Fue entonces cuando dos guardias emergieron de la conserjería y se abalanzaron sobre él. Desde la escalinata, su hijo vio cómo se lo llevaban adentro, en tanto que él iba gritando *¡soy una hormiga, soy una hormiga, soy una hormiga!*





## EL GALLANO DE LAS SIETE Y MEDIA II

por Miguel Angel Curiel

Toledo siempre me pareció un barrio virtual del Gran Tokio. Incluso una vez soñé que me encontraba tramitando unos papeles asomado a una ventanilla burocrática y que al otro lado había un japonés excusándose por no poder atenderme. Desde esa ventanilla, una vez que se esfumó el nipón se podía contemplar el perfil de la ciudad al que se accede desde la orilla izquierda del Tajo. Era un perfil fluctuante muy similar al de las gráficas que intentan representar los avatares de la economía del país. Toledo es como una gráfica de piedra. El bestialismo herreriano junto a las liliputienses formas de las casitas de chocolate de otros tiempos. El color de la piedra de los edificios toledanos es como el del chocolate de Zimbaue. Cuando también la ventanilla se esfumó, aparecí leyendo El País en una mesa del McDonald de Zocodover. Allí una señorita pijo-proletaria con una sonrisa de Bugs Bunny, tocada con una visera de cartón, a través de un micrófono que se parecía a una cobra bailando frente a un grupo de mormones de Kansas, decía misa y daba la comunión con obleas salpicadas de sésamo y ketchup a toda una fila de bávaros de Bamberg. Toledo es una ciudad adquirida durante una subasta en la eternidad, una ciudad donde los seminaristas vestidos de gris ceniza cruzan la calle del Comercio caminando con una cadencia sacerdotal muy propia de una colonia vaticana de ultramar. La mayoría son mozos de pueblo muy apuestos con un corte de pelo a lo Llongueras que ya no juegan al fútbol en el patio del seminario y sin embargo bailan bakalao los sábados por la noche en un discopub del Mira-



dero. Mientras el sueño corría vertiginosamente apareció en otra estampa onírica un grupo de geishas japonesas comiendo hamburguesas en Zocodover después de haber fotografiado al Espíritu Santo en el interior de la sinagoga de Santa María la Blanca, que no era más que un palomo que zureaba entre el artesonado del techo. De pronto unos alemanes ladraban como los perros de Canterbury después de que un yonqui les robara una mochila llena de pan negro y queso Limburger... Ese queso lo huelo en mi sueño; es como si me hubieran puesto unos pies malolientes en la misma nariz. De pronto, las campanas de la catedral me despertaron. Son campanas parecidas a los bonzos japoneses que hay en los templos sintoístas, y que tañen con tal desproporción que suelen espantar a todas las palomas en un radio superior a dos kilómetros a la redonda. Incluso la paloma del Espíritu Santo se echa al aire asustada por los latidos del metal de la catedral. Un cardiólogo amigo mío, que antes de ser cardiólogo fue pirata en Ibiza en un velero varado, y que, incluso un poco antes de dedicarse a los conflictos del corazón, se intentó hacer un hueco en el PSOE a base de vaselina y de las buenas artes del curso, sostiene la hipótesis de que las cardiopatías espirituales del final del milenio se detectan fácilmente escuchando las campanas de los templos católicos. Suele decir que las campanas se han puesto al servicio del tiempo, y que este tiempo es vertiginoso, virtual y ciego. Después siempre me suele preguntar lo mismo: "¿Cuánto tiempo hace que no escuchas en Talavera tañidos a muerte, a fuego, los tañidos que señalaban el final de las guerras?" El lenguaje de las campanas ahora es el lenguaje de los relojes. "Escucha", me dice, "el pecho de un banquero suizo, o el de un político profesional y estarás escuchando un corazón que late al mismo ritmo con que tañen las campanas de la catedral de Toledo. Los carillones ahora no son la voz metafísica del poder de Dios, es más, Dios ahora vive en los Estados Unidos y es un músico de Rock". Este cardiólogo siempre termina diciendo lo mismo: "se detecta una arritmia cardíaca, porque son corazones gripados como consecuencia de las neurosis que provocan el poder y el dinero..." Sin embargo después me volví a dormir en la habitación del hotel gracias al zumbido de una mosca; era un zumbido monótono que delataba una circunferencia alrededor de mi coronilla. Pablo de Tarso se hizo santo gracias a un tábano que giraba elípticamente sobre sus pensamientos. Después de quedarme dormido por

segunda vez en la habitación 117 del hotel comencé a tener nuevos sueños. En uno de ellos soy un miliciano asediando el Alcázar, manejo una ametralladora que se encasquilla. Otras veces me llego hasta un gran portón y después de dar unos golpecitos con los nudillos pregunto si puedo entrar; entonces la puerta se abre y de pronto me encuentro en la pista de una discoteca bailando al sonido de las bombas que estallan muy cerca de mí. Otra vez estoy en el McDonald de Zocodover apurando una Coca-Cola con una pajita y a veces soy el gris asesor de un consejero y otras un guía cansado que piensa en francés. Durante toda la mañana he llevado a un grupo de parisinos a través de un laberinto que no tenía salida. De pronto, el sonido de las campanas me despierta nuevamente. Decido levantarme y darme una ducha rápida y así despejarme por completo; a eso de las siete tengo que ir a la bolsa y luchar muy duro. Soy uno de los corredores de bolsa más eficaces del mercado, y tengo un olfato canino para las acciones deshauciadas que comienzan a oler a muerto. Cuando entro en el lavabo, como tantas veces me miro en el espejo; mis ojos rasgados tienen legañas de no haber podido dormir bien. Leo la pegatina que está pegada justo en la esquina derecha del espejo: "Hágase occidental con la cirugía del doctor Mikuisi, avenida Tojokawa 1017, 10ª planta". Después de ducharme me visto y salgo a la calle con mi maletín. Entro en la primera boca del metro que encuentro; es una boca de la estación de Sakuyara. Me dejo arrastrar por un río humano que va turbio hacia los andenes. Cuando el metro llega y se abren sus puertas, entramos como el agua en una botella por un embudo; sólo puedes sobrevivir en estos momentos sabiéndote agua, o líquido. Si quieres viajar en el metro de Tokio, debes formar parte de un líquido humano; si no fuera así, uno se ahogaría. Una inadaptación al líquido masa supone, como poco, una neurosis grave, una disfunción fóbica, y, como mucho, ahogarse en ese río... Cuando el metro llegó a la estación de Fukisara, que es el distrito donde está la bolsa de Tokio, todos los individuos del vagón salimos como el champán de una botella recién descorchada que, antes, alguien ha agitado fuertemente. Fue al salir de la boca del metro de Fukisara. Me desperté sobresaltado como tantas veces. Los rayos de sol entraban por las persianas, los gorriones y los estorninos chillaban como sólo suelen hacerlo en una tierra tan medular y telúrica como Castilla. Me levanté en calzoncillos y me apresuré a mirarme en el espejo.



Mis ojos eran redondos y grandes, y mi mirada esférica, presta para la metafísica del paisaje y la belleza clásica. Mientras me duchaba, oí las campanas de la catedral, un mozo del hotel llamó a la puerta preguntando si quería desayunar en la habitación; sin embargo caí en la cuenta de que tenía prisa, ya que había acordado una cita con un viajante de antiguallas y cerolas de Ciudad Real en una cafetería de la calle del Comercio, un charilero con el que yo hacía tratos y que en otra época había sido alcalde del PP en un pueblo de Cuenca hasta que lo echaron por desfalco. Casi me ahorco con la corbata. Se trataba de salir de allí sin pagar la cuenta del hotel; creo que en la recepción nadie me vio. Aprovechando que un grupo de japoneses se había arremolinado en el hall sacando fotos como descosidos a una copia muy mala del entierro del Conde de Orgaz, salí de allí para no volver más, y es que Toledo siempre me pareció un barrio virtual del gran Tokio.



## UNA ESCALERA, DOS ESCALERAS

por Luisa Benito

Se había acostado muy cansado, nervioso, tal vez demasiado enojado con el mundo, furioso con los estúpidos que lo rodeaban, un poquillo excitado de tragarse la neura un día tras otro; muy cabreado porque no podía evitar que la situación se prolongara. A decir verdad se encontraba excesivamente perturbado. Se había hundido en ese estado donde pueden aparecer, como en una niebla, todas las sensaciones oscuras a la misma vez. Quería ser simpático, agradable con los otros, pero no lo dejaban y, después de todo, para ser sinceros, le importaba un pimiento ese detalle. Se tomó un par de somníferos. No quería continuar pensando, quería descansar. ¡Todo era tan evidente! ¿Cómo no querían entender? ¿Por qué se oponían esas mentes estrechas, liliputienses, incapaces de analizar ni de tomar medidas enérgicas? Estaba claro, sólo de esa manera podrían todos beneficiarse. ¿Por qué no querían entender lo que era tan evidente? Alguien que hasta entonces no tenía hipotecado su futuro le replicó que quien se beneficiaría sería, fundamentalmente, él. ¡Pero cómo se puede ser tan obtuso! Se le pasó por la mente la imagen que más le ofendía: ese calvo, con bigote decimonónico, erguido, casi tieso, una pasada. Siempre mirándole por encima del hombro a través de unos anteojos redondos, demodé; juzgándole, enfocándole desde otra altura. ¡Como si esa risión tuviera derecho! ¡Pero si no era nadie, tan sólo el hijo o el nieto de alguien! ¡Cómo se permite esto todavía! ¿Y el otro idiota? A mí me la va a dar a estas alturas, arrojando a quien casi le crucificó. Es un tirado, un estúpido.



Anda arrastrándose como una oruga. No puedo soportarlo. Se debe haber olvidado de que yo no tengo flancos vulnerables en la guerra. Voy a aplastarlo con toda esta aversión que me corroe y me empuja y me lleva y me desespera. Sí, sí, hacerlo desaparecer, asesinarlo, pero el asesinato se paga con la cárcel. No, no puedo, es demasiado.

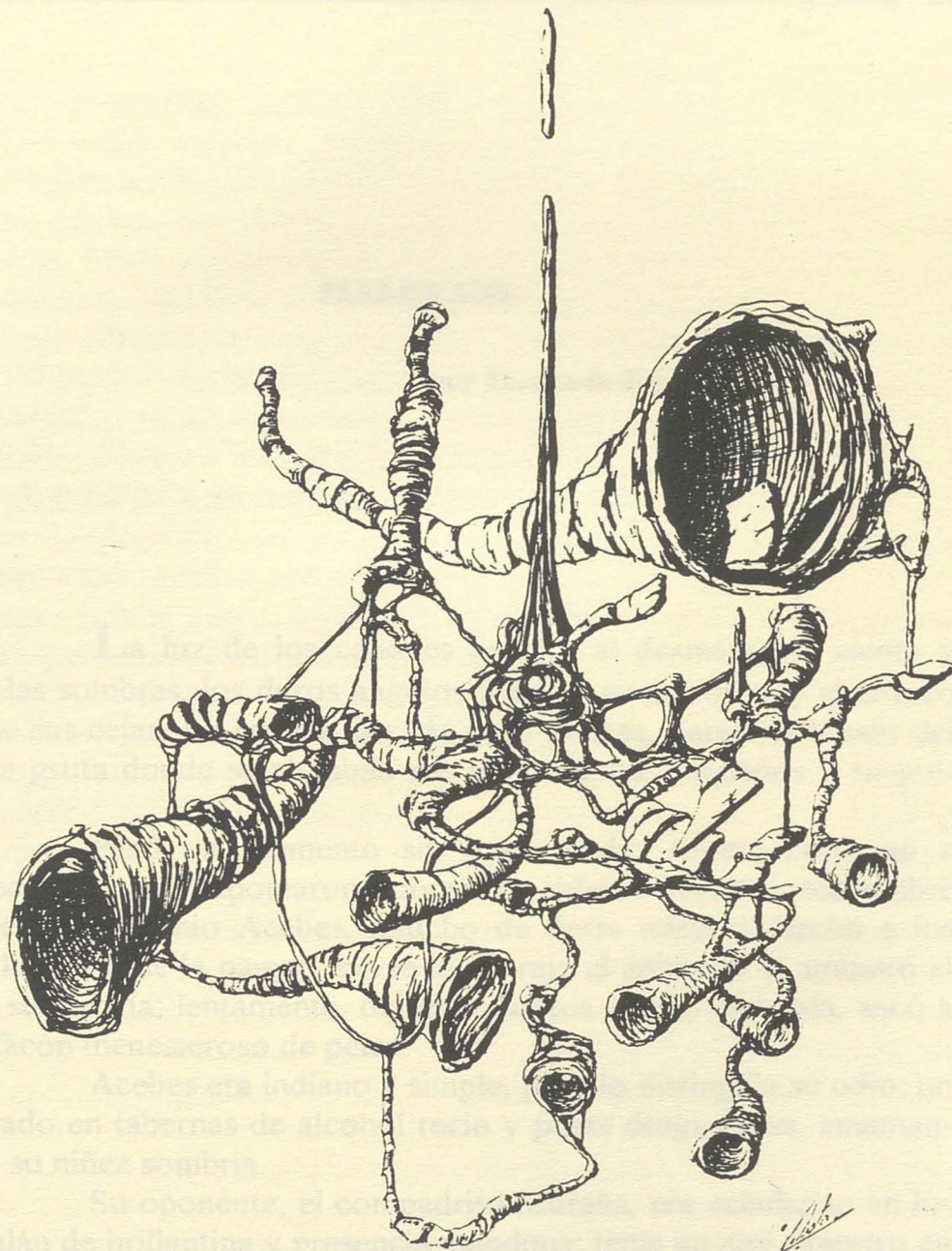
¿Pero por qué nadie quería entenderle? Él necesitaba ese ascenso. Tenía responsabilidades, no era tan sólo por él, era por el bienestar de los que de él dependían. Ellos se lo merecían todo. Y, bueno, él aborrecía la pobreza, no quería que los suyos vivieran lo que él había vivido. Era asqueroso. Lamentable. Le daba vergüenza. Deseaba que su gente le viera triunfando y que pudiera participar de ello. Había combatido por esto en una carrera larga, no podían ahora acusarlo de impaciente. Todo fue lentamente planeado. No se trataba de traicionar a nadie, qué va, para nada, veía nitidamente cómo le habían dejado el espacio libre que necesitaba. ¿Dónde estaba el problema? Pero tan sólo una persona le daba la razón cuando llegaba la hora de las confesiones íntimas. Aunque, para ser sinceros, no estaba muy seguro de que le comprendiera, si bien estaba claro que era sincera y siempre estaba de acuerdo con él. Jamás tuvo que enfadarse con ella por un desacuerdo, por una negativa o por algo dicho con reticencias o malas intenciones, le comprendía siempre, le apoyaba en lo que fuera. Después de todo, ella también saldría beneficiada de rebote, sin lucha, sin incomodidades, sin desazones. Era bien fácil para la otra, pues él sería el de la disputa, ella sólo su beneficiaria. Pero no le importaba tener adeptos de esta manera. Lo importante era conseguirlo y necesitaba apoyos, los que fueran. La meta era lo primero, los remilgos no tenían sentido ahora. Cada vez estaba más exaltado, no se podía dormir, tenía, quizás, taquicardia, le estallaría el corazón, le iba a dar un infarto. Entonces estaría roto, inservible. ¡Y qué sería de los suyos si él desaparecía! Se tomó otras dos píldoras y un tranquilizante. Su cabeza no podía detenerse, era un hervidero de sentimientos. De repente, cuando trataba de conducir el odio, entró en una niebla, en algo incierto y brumoso, sin contornos definidos. Aunque podía ver con claridad todo lo anterior. Su pecho seguía latiendo con fuerza, sus sentimientos no habían aminorado su intensidad, no podía sostener toda esa energía acumulada para la lid. Se sentía contenido, oprimido. No tenía ninguna duda, hundiría definitivamente a los que se le oponían; les acosaría hasta destruirles, hasta arruinarles.



Su pelo negro, duro, inflexible, tenaz, muy canoso, ribeteado con transparencias, se extendía sobre la almohada, agitado, yendo y viniendo de un lado para otro. Su rostro, presidido por dos grandes cejas enfurruñadas, se tensaba sobre una tez oscura donde se perfilaban dos gruesos labios casi amoratados de la cólera agazapada. El sonido de la campana de un convento le alteró aún más. Odiaba ese lugar y a todos los que allí habitaban. No pudo aguantarlo por más tiempo y se levantó medio dopado, casi entre sueños, entre tinieblas, entre luces y oscuridades, pero con toda la rabia acumulada. Salió al pasillo. Quería bajar, sacudirse toda la inquietud, desprenderse del desasosiego, anhelaba la tranquilidad. Comenzó a gritar para que le oyeran en el vestíbulo, para que le temieran. Que tomaran medidas para recibirle, para mostrar la diferencia de rango. Sabía que el miedo es lo que más paraliza a todos. Quería ser temido antes que amado. El amor de aquellos de nada le servía. Sólo el odio, sólo el odio le engrandecía. Se lanzó a recorrer la distancia que le separaba, miró hacia el hueco de la escalera, hacia la entrada, hacia abajo. Pensó en los idiotas que le verían en un instante temible y poderoso. Entonces puso el pie derecho desnudo en el primer peldaño, y en el segundo el otro pie resbaló torcido, curvándose dolorosamente, como una serpiente retorciéndose ante el espasmo de la muerte. Se precipitaba, caía de prisa, sin esperas, a través de un vacío oscuro, en una atmósfera vaporosa y ciega, grumosa y confusa; se estaba despeñando desenfrenadamente en una fantasía y en un odio que caían veloces y ansiosos por una escalera, dos escaleras... más un respingo.







*Handwritten signature and date:*  
1955





**MALEVAJE**

por Fernando Joya

La luz de los candiles perfiló, al desmayar el viento y estancarse las sombras, los duros ángulos tallados en su rostro y el arqueado iracundo de sus cejas. La mirada era fría pero intensa, pareciendo salir del fondo de la gruta donde se alojaban sus ojos negros, pequeños y sangui-nolentos.

Pasó un momento sin pasar nada. Afuera comenzó a llover y recias gotas chapotearon sobre una jofaina desde la techumbre podrida, pero a Antonio Acebes, gaucho de tierra adentro, hecho a los envites de hombría de la pampa, no se le distrajo el ánimo ni le aminoró el desafío de su mirada; lentamente, del tres cuartos que lo envolvía, sacó a relucir un facón menesteroso de pelea.

Acebes era indiano y simple, pero lo distinguía su odio, un odio cultivado en tabernas de alcohol recio y putas desgastadas, amaman-tado desde su niñez sombría.

Su oponente, el compadrito Muraña, era achulapao en lu-panares, galán de brillantina y presencia mandona; tenía un aire siniestro en la sonrisa, que le acrecentaba un negruzco diente de plata sobre el labio sesgado y caído. Alto y frío, de cuerpo enjuto para eludir la tarascada del cuchillo y largos brazos para rayar gargantas, gastaba justa fama de habi-lidad con el acero.

Una luna tibia y agónica asomó entre dos nubes negras mientras se clavaban el puñal de la mirada.

---

La ropa de los hombres era negra para confundir sus cuerpos con las ánimas de la noche; los candiles lanzaban sus sombras contra los húmedos tabiques, temblando al son con que la llama crecía o menguaba; la muerte comenzó su vigorosa danza envolviéndoles en el aire de su falda.

A una seña, cesó el acordeón sus lastimeras notas de tango añejo y la sala se pobló de silencios expectantes. En aquel fachinal desangelado, las navajas salieron a hacer camino.

"A cuchillo", clamó Acebes, terminando de sacar el oscuro facón de su bolsillo.

"A muerte", sentenció Muraña, seguro de sus pies y de la sangre vertida.

En un rincón un hombre bebía solo, desocupado de la pendencia, enfrascado en el ron y en recuerdos que le roían las entrañas. Antaño embistió con fiereza en la Guerra Grande, y luego anduvo en cosas de contrabando por la frontera, mandando gente y haciéndose respetar. Evaristo Velarde apuró el vaso y siguió rumiando su condición de lisiado y el negro presente que lo consumía. Ni siquiera miró la contienda. Sobre la mesa, como una media luna plateada, fulgía su enorme pistolón con culata de nácar.

Los hombres avanzaron los brazos, flexionaron las piernas, enfilaron los filos... Acebes hincó los pies al suelo dispuesto a definir y justificar su vida. Muraña, calzado en charol con sujeción de hebilla, como un bailarín de tangos, se lanzó a la muerte con pasos felinos, arañando el aire con amagos. A Muraña lo dominaba la rabia; una rabia antigua contra sí mismo y contra las gentes, que se había edificado con traiciones y muertes a lo largo de su vida desde cuando pibe disputaba la calle a dentelladas.

Ambos se miraban fijos, adobando la faca en el ristre de la mano.

Siguió la noche y ellos fintaron, esquivaron, burlaron las embestidas inciertas, tejieron un sudario de hilos invisibles con las afiladas agujas. La noche siguió en lo mismo, y la sangre comenzó a pintar estrellas rojas en sus ropas negras. Cansados, se dieron al abrazo, al baile lento...

Al poco la vi; algunas centellas al unísono alumbraron la noche, y aquella claridad se filtró por las ventanas dando apariencias fantas-



mal a las cosas y a los hombres; y entonces la vi, arriba de la escala, disimulada entre las sombras, apoyada en la baranda que lustra el alto corredor del que nacen unos cuartos mugrientos, al final del cual había una cristalera deslustrada por la que se colaba la luz de un fanal, pero que esa noche no lucía. Nadie la había visto entrar, pero era de mero juicio su presencia en la pelea. Decían que ella, Edelvira Cifuentes, fue la causa de la disputa. ¿Quién lo sabe? El caso es que los dos hombres la pretendían. ¿Su historia?... Mucha leyenda corrió sobre ella, pero a mí no me es desconocida: la trajo el antiguo patrón de allá del norte, en una de las tantas batidas que dio. Evaristo Velarde, nuestro antiguo patrón, era entonces un palabrero, un hombre que envolvía con el rumor de su palabra. No era de valor ciego, eso lo eran más Antonio Acebes y Alejo Muraña, pero era hombre de temer.

La conoció un día que acarreó ganado para la hacienda de su padre junto a varios gauchos orientales. La contempló despacito, despacito, entrándole toda ella por los ojos, como sorbiéndola, y desde aquel minuto no se le borró. Bastó con que ella exhalara su gesto altivo de dueña y la suave brisa de sus andares, para que su pecho se embriagara de pasión. Evaristo Velarde se dijo que en cuanto él fuese alguien, aquella hembra sería su mujer. Luego pasaron tres o cuatro años; Evaristo ya tenía una sombra de poder. Entonces volvió; volvió para borrar la imagen que le impedía el sueño con el bálsamo de su presencia, para zanjar la ausencia que le impedía vivir.

Yo entonces apenas distinguía a un overo de un colorao, pero al antiguo patrón ya le corría por las venas el vértigo del mando. Con él íbamos: Acebes, Muraña, un criollo moreno al que batieron, y un servidor; luego fuimos más, crecimos.

Cuando volvimos por ella llovía. Llegamos a la hacienda cuando llovía. Llovían gruesas gotas martillando con un sonido ronco los tejados. En medio del agua, enfundados en tres cuartos de lona y chambergo de media ala, llegamos. Llenos de fatiga.

Salió el dueño de la hacienda y Velarde se avino a platicar: "Mire usted, señor, tan solo quiero a su hija...y es de mi interés que usted lo sepa y se avenga a ello... "

Velarde siguió hablando y dando confianza, pero aquella vez sus palabras se las debieron tragar las fauces del viento porque

parecieron no llegar a oídos del padre de Edelvira, acompañado por dos hombres hechos que vestían bombacha y pistolón al cinto. Y digo que no las oyó, o las entendió confusas quizá porque se extraviase su runruneo o porque el tintineo de las gotas saltando en los charcos apagara su armonía porque, sin mediar más que las palabras, el dueño de la hacienda se embra-vucó, y respondió con fuego. (A mí me quedaron las sospechas de que no le movió a abrir fuego otra cosa que el temor)

A su disparo el moreno cayó. Visto de lejos, pareció como si una bocanada de viento lo arrancase de su montura, pero el charco en que se agitó, se fue tiñendo de la sangre que manaba por un boquete de su pecho. Entonces sucedió aquello.

(A veces, un segundo alarga su instante sobre todos los días de una vida, se introduce en la sombra de uno y se hace presente en todos sus actos, omnipresente en los sueños y en el pensar, se instala en la misma médula de los sentimientos).

Edelvira Cifuentes contempló un segundo desde una ventana de su hacienda que no olvidaría jamás. Fue el segundo en que Acebes y Muraña descerrajaron a tiros la vida de su padre y acabaron con los de bombachas, poco antes de que Velarde cargara con ella a la fuerza en su caballo. Y ese segundo ella nunca lo olvidó.

Evaristo, el patrón, la quiso; al comienzo y durante mucho tiempo después la quiso. Se hizo dueño de todo para ella, el pueblo entero, sus casas, sus gentes, todo se lo ofreció. En aquel tiempo, esto que veis tenía riqueza: minas de plata, calles anchas y adoquinadas, fanales de forja en las esquinas, hasta la pulpería donde luego ocurrirían los hechos, que entonces estaba abarrotada de adornos y candelas y lucía su mayor esplendor. Pero ella nunca olvidó.

Con el tiempo, Edelvira aprendió a seducir, a sonreír sin sonreír, a mostrar sólo el brillo de sus ojos. Iba y venía con su andar felino arrancando lumbre de los hombres. Miraba con esa mirada mentirosa que te confunde, que sientes en la espalda y, al girarte, parece acabada de retirar. Caminaba altiva, mostrando su desprecio y sus formas; y su mirada, sus formas y su desprecio, fueron incendiando los sentimientos de Acebes y del Muraña, los lugartenientes del patrón. Para acallar aquel segundo, que se henchía en sus adentros como un grito que pugnara por salir, se adosó a la fruición que le daba una larga pipa, un cordón umbi-



lical que le unía a la placenta del vicio, del opio, y así, fue templando su odio con los días e incendiando los odios ajenos, hasta que algo nuevo vino a suceder. Algo que iba a mitigar en ella la angustia de aquel segundo que no conseguía olvidar.

Y sucedió que al husmeo de la plata vinieron facinerosos de Brasil. (Aquí divergen las opiniones, unos dicen que les trajo ella por perfidia; otros, que a Muraña le consumía el malevaje de querer mandar y los hizo venir; y unos terceros dicen que fue el Acebes, que a la postre fue quien se aprovechó). Vinieron muchos hombres, recios, acostumbrados a la refriega y enseñados a balear. Su capitán era un moreno fornido, gigantesco y con temple.

Yo vi todo. Los recién llegados se presentaron, y comenzó la batalla. Aquella noche llovieron estrellas y muchos hombres murieron, pero ganamos, aunque al término viéramos que Evaristo Velarde yacía en el suelo como muerto, con un agujero grande en la cabeza y un charco de sangre a su lado. Lo mató el moreno. Acebes hubiera podido tumbar a este moreno por la espalda, pero aguardó a que el moreno atravesase la frente del patrón con plomo; sólo entonces le abrió un agujero en el pecho con su pistola .

Así fue como pasó; que el Acebes tomó el mando. La mayoría de los que quedamos nos pusimos del lado de Acebes frente al Muraña, creyéndole de menos ambición. Incluso Edelvira, que mostró alegría por el cambio y pasó a cohabitar con el nuevo patrón, Acebes. Pero Velarde no murió. Le permitieron vivir porque no quedó rastro de hombre en su figura destartalada y renqueante cuando la herida en la frente sanó. Desde aquel entonces, no pasó un solo día sin que Edelvira no mancillara a su antiguo dueño riendo de sus balbuceos y removiendo la herida de su dignidad.

Así pasó todo y de aquello pasó tiempo, pero al verla arriba de la escala me lo recordó. Mientras tanto, la noche de los hechos terciaba, avanzando. Los ecos de la tormenta se habían apagado y comenzó a desperezarse el viento. Los pompones de cardo golpeaban las puertas y el aire silbaba por los resquicios, y las gotas aún caían sonoras en la jofaina, chaf, chaf, mientras los hombres seguían enmarañados en un juego de filos y destellos, ya sin fuerzas, agarrados en un baile lento, casi derruidos. La sangre bajaba por sus cuerpos abriendo canales en sus negras

ropas, pero ellos continuaban con el rito de la hombría, consumiéndose su vida como la lumbre de los candiles, manando sangre negra por el labio partido de Muraña, cuyo diente aún emitía destellos de rabia y desprecio.

Como por encantamiento, el compadrito Muraña, el porteño, miró hacia lo alto, viendo fijos en él los negros tizones de la hembra y eso le embraveció. Ignoraba que el grito que ella llevaba aprisionado en sus entrañas movía los aceros con que se batían.

(Cuentan, aunque no sé si pasó, que antes de marchar Muraña, luego de querer disputar el mando y luego del corte con que Acebes le sesgó el labio mientras los hombres le encañonábamos, la mujer, Edelvira, le prometió su cuerpo y su ayuda si volvía, como si ella trenzara con promesas y con los hilos de su mirada la trama con que pensaba destruir a los hombres. Y ahora recién, Muraña volvió, volvió con gente, y quiso cobrarse en un duelo la ofensa del labio y el cuerpo de la mujer. Nada más verse con Acebes, pasaron a las navajas; y en eso seguían).

Ahora les miraba Evaristo Velarde, que no había dejado ni un solo día de sufrir el desprecio de su antigua mujer Edelvira; perdido su don, la palabra, sólo le restaba esperar al destino. Les miraba mientras apuraba tembloroso un vaso y acariciaba su viejo pistolón con culata de nácar; les miraba y debió darle gusto ver cómo se morían: Acebes mugiendo como una vaca ensangrentada, lanzando furioso al aire su brazo una y otra vez, sabiéndose ya perdedor y sacando el último resuello del coraje que poseía, y Muraña, como siempre, rabioso, y asesino. La luna se puso roja, sanguinolenta.

Enardecido ante su presa, Muraña sentenció los pasos con la mirada, arrugó el entrecejo y saltó felino. Acebes lo esperaba con el ademán tenso, abierto el pecho, mostrando hombría...

La noche se hizo espesa cesando de cuajo la lluvia y el viento; el silencio, sólo apagado por los resuellos, se colaba por los tímpanos de las gentes mientras las ánimas cesaban su cotidiano deambular y se difuminaban las sombras que los candiles estampaban sobre las paredes vacías. Desde la alta baranda del corredor, Edelvira miraba a los hombres con su fuego frío.

Un grito unánime rasgó el silencio, una sombra ofuscó los ojos de Acebes al sentir en sus adentros el desgarró de la hoja

fría. Se dobló lentamente; lentamente cobró conciencia de su herida infinita. Agarrado al brazo de su imponente enemigo, resbaló por su cuerpo de piedra hasta hacerse un reguño en el suelo. Alejo Muraña, *el Porteño*, lo contempló a sus pies... muerto. Semejaba una estatua; miró en derredor satisfecho, altivo, incluso feliz; hasta que una bocanada de estupor y de sangre agarrotó su cuerpo seco, hasta que se palpó el pecho sangrante y se desplomó... Sin articular palabra, sin una queja, con su eterna sonrisa negra torcida..., con la vida aniquilada.

Evaristo Velarde salió con su andar renqueante a la larga calle que no conduce a parte alguna y que sólo transitan las ánimas de los muertos que habitaron las casas derruidas. Edelvira bajó lentamente la escala de la trastienda con una miel en los labios y salió a la luz de un fanal describiendo siluetas de luna con su andar cimbreado.

Edelvira ahora olvidaría. Ahora quizá olvidaría. Se iba caminando por la acera, perdiéndose en la noche, cuando sonó un disparo como un trueno. Edelvira se encorvó y fue recogiendo como un ovillo junto a la culata de nácar caída y al humo de su cañón. Evaristo Velarde continuó renqueando por la larga calle que no conduce a parte alguna, donde las ánimas vagan errabundas.

La ronca voz de un acordeón comenzó a relatar un tango de daga y hembra. La luna fulgía su hoz de plata, su cuchillo afilado, sus hechuras de mujer.

Así pasó. Todo quedó concluido.





## LOS CUATRO ELEMENTOS

por Antonio Illán

### I

#### TIERRA

Sucede que la vida pasa como la orquesta reflejada en el espejo donde la noche se prolonga y hay que perderse en un laberinto de manos, de cuarzos, de gritos, de fantasmas, para alcanzar el pan cada mañana, y, a veces, no es pan, ni espiga, es eco de trompeta, o ni siquiera es eco, ni luz, ni tierra, es silencio, sólo silencio. Sucede que el pecho de plomo se despierta al alba y no es azahar con gotas de rocío ese sol, esa formidable furia rubia que llega tarde a la caricia, y siempre alguien se encuentra una rosa que se pudre junto a un muro antes de que el gris se levante de los prados. Sucede que amamos esta tierra sin vientre, país sin paisaje, patria de ausencias que tiene crespones negros en la sombra, y el agudo silbido del dolor nos va traspasando lentamente, acaso amor resuelto en barro, cada vez que una voz calla y se va secando despacio la amargura. Sucede que se siente un peso inevitable, una tormenta de arena sobre los ojos abiertos, un olor de herrumbre, unas notas que tiemblan de pena bajo el peso oscuro de las piedras, un huracán de sal envolviendo las plantas sin memoria. Sucede algo terrible: avanzamos a paso acompasado, todos juntos, y separados sin embargo bajo los grávidos párpados de la esperanza.



## II

**AGUA**

Un mar sin luz era el principio, un mar de lluvia, sangre, savia o leche donde ninguna fuerza natural engendró el odio. Allí era el abismo, la fuente universal en la que nace la libertad que lava y lava el corazón de nuestras células, la piel del áspid, las hojas del árbol de la vida y el perfil rugoso de las piedras. Profundidad transparente que cruza las imágenes y comunica horizontes de misterio, claridades que navegan sobre la tabla de la razón que no siempre se encuentra. Aguas dulces, aguas muertas, aguas que recuerdan ruiseñores, aguas transparentes, aguas del sueño que se beben en los labios, agua bendita, aguas claras y corrientes, aguas con traje de lirios, aguas que sorprenden con su canto de primavera, aguas profundas, aguas que desbordan el vaso de la vida eterna, aguas tempestuosas, aguas que arrastran la virtud exacta del mensaje que se remansa con claridad en la conciencia. El soberbio himno que nos lleva habrá de acunarnos hasta la orilla en la que se respire un aire azul sobre húmeda hierba. Y no quiero lunas que se enreden en los ojos, ni pájaros del cielo que se enfanguen en la arena, ni esqueletos de estrellas que se pierdan en oscuros remolinos, ni túneles con bóvedas de ausencias. Que nunca sea llanto lo que brote del abrazo del agua con la tierra.



## III

**AIRE**

**M**ateria de libertad en la que crece la luz gritando ansiosamente sus deseos. ¡Paz!, ¡ paz! repiten las mudas cuerdas del cielo. Pero el viento viene del hombre y esconde desconocidas semillas arrancadas a la tierra. La memoria guarda gavillas de emociones pero el pensamiento es más fuerte y se expande sin límites. ¡Paz!, ¡paz! se oye en la penumbra que iluminan las estrellas. Sin embargo algún dolor se escapa como lo hace el eco y se va perdiendo, quedando, perdiendo, quedando en un lamento que fue grito. ¡Paz!, ¡paz! repican los pasos de los gatos sobre los tejados. Un frío intenso cruza por los rostros, como un nombre que nunca pudiera olvidarse, pero hay residuos de ternura que crecen y espejos que reflejan la belleza. ¡Paz!, ¡paz! entonan los ángeles que huyen como soplos, como secretos testigos del alma de los pueblos. Mas no hay que temer los alaridos porque hay niños que acunan sus muñecas y fingen en invierno primavera. ¡Paz!, ¡paz! escribe un hombre. Un murmullo de abejas emborracha el silencio y nos ata, con sus manos de hielo, a una lágrima. Pero es más fuerte el deseo y a un grito se une otro grito y la memoria va más allá de los recuerdos y la dulzura de existir borra las huellas de los caminos que se bifurcan en la noche. ¡Paz!, ¡paz! cantan las golondrinas blancas. ¡Paz!, ¡paz! responden los ojos sobre los que se alzan las sombras. ¡Paz!, ¡paz! sueña la ausencia de agua sobre el rostro de los caminantes. ¡Paz!, ¡paz! es la voz que envuelve el aire. ¡Paz!, ¡paz! Una sonrisa de miles de alas puebla de milagros el corazón del universo. ¡Paz!, ¡paz!, ¡paz!



## IV

## FUEGO

**R**ebelde con la tierra, rebelde con el aire, rebelde con el agua, no he de conformarme con ser feliz y esperar que regresen azules las sombras de amores olvidados, como pájaros perdidos de lejanas primaveras. ¡Quiero tu nombre! y que lleves en tu boca un vaso de mi agua, el aliento que respiro y la tierra luciente en la que crecen amapolas. Porque en este fuego de tierra no existe el recuerdo, todo es beso, todo es hoy y no hay tiempo donde el sol se oculte. ¡Oh!, ¡qué música en la flor de los cerezos!, ¡qué emoción transparente!, ¡qué llama!, ¡qué palabras se encienden y se apagan!, ¡qué amor...! Es sólo vuelo, labios humedecidos, grutas de almendros, camelias que sonríen, cuerpos amansados recibiendo el roce de las espumas, la embriaguez de los océanos. ¡Que no cese esta llama que envuelve el alba y el ocaso!, ¡qué emoción transparente!, ¡qué dulce estado! Que el jardín de tus ojos, que abro mientras cierro lentamente los míos, desafíe el brillo de un paraíso. No quiero ser tierra, ni agua, ni aire. Fuego sí, para rodearte de luz, no llama, como una flor erguida en las arenas de un desierto. ¡Qué descansada emoción!, ¡qué dulce estado! Todo es presente: las algas del mar en las que ondulas tus manos de hierba, la sal de tus cabellos, el aroma de la senda, la profundidad de tus párpados. Beber la luz ¡qué dulce estado! Saborear la riente piel impalpable en la mirada. ¡Qué exaltada emoción! ¡Que no cese este cuidado! ¡Oh!, no existe, ¡que no exista! ni tiempo en los relojes, ¡qué dulce estado! Sólo amor presente, inmenso árbol, madre selvas en las venas, fuego que dulcemente abrasa y me eleva hasta tu nombre. La eternidad cabe en un suspiro. Dejaría de existir si no estuviera enamorado. Ni tierra, ni agua, ni aire, sólo amor presente. ¡Que no cese la emoción, fuego es la quietud, dulce el estado!

## **El día en que se prohibió el fútbol**

por Juan Carlos Pantoja Rivero

**E**l día amaneció radiante, como en los más primaverales meses. Nadie diría que se trataba de un lunes, de un sórdido lunes en el que no queda más remedio que retornar a la actividad laboral. Por supuesto que no parecía el mes de diciembre, a las puertas del invierno; ese día hacía un calor que recordaba los versos iniciales del célebre romance del prisionero, "que por mayo era, por mayo, cuando hace la calor..." El hombre salió de su casa y respiró feliz el aire que le ponía en contacto con el mundo. Como todos los lunes desde que el hombre tenía memoria, se encaminó al quiosco de prensa que había al final de la calle, casi en el cruce con la gran avenida. El hombre silbaba una canción de actualidad con nombre de virgen andaluza y pensaba en el cuatro a cero que le endosó su equipo a su más directo rival en la Liga. Había sido un partido inolvidable cuyos preparativos llenaron páginas y páginas de la prensa especializada, al menos dos semanas antes de que se disputara; "el partido del siglo" le bautizaron los críticos y coreó toda la afición. El hombre se sentía lleno de fútbol y deseaba ardientemente leer los comentarios que recogía el periódico, para luego, más tarde, intercambiar opiniones con su compañero de trabajo, forofó del equipo perdedor. Cómo disfrutaba el hombre imaginando la cara que tendría su sufrido amigo, y el mal cuerpo que le iba a poner dándole la tabarra toda la mañana con la histórica goleada. Su equipo del alma, lleno de brasileños, serbios, croatas y ucranianos consiguió doblegar al enemigo, con su escuadra de argentinos, macedonios, holandeses

y británicos: ¡qué ardor patriótico despertaba en él el solo recuerdo de los nombres de tanto héroe del balompié, de uno u otro equipo, que por su procedencia geográfica estaban ligados a la calle de Leganitos o a las Ramblas; que hablaban castizo o peroraban en catalán en las tardes recogidas del otoño agonizante!

Llegó al quiosco, el hombre. Con un ademán seguramente conocido por el quiosquero, pero ininteligible para todos los demás humanos, pidió su periódico futbolero. El quiosquero hizo un gesto como de no entender, que el hombre tomó por una broma, e insistió en su petición. El vendedor de prensa le preguntó: "Pero, ¿no te has enterado?" El hombre no se había enterado. "Un real decreto ha prohibido el fútbol; desde hoy ya no se puede ni hablar de eso. Me estoy jugando la libertad contándotelo". El hombre sintió que se le nublaba la vista y se le borraba de la mente la cancioncilla de la virgen andaluza. Se lo estaba temiendo. En las últimas semanas se había producido una especie de persecución hacia el fútbol, que había llegado al extremo de que sólo se televisaba un partido diario; se había acabado eso de ver tranquilamente seis o siete encuentros cada día frente al televisor. Además, algunas personas (pocas en honor a la verdad), decían que no les gustaba el fútbol y les fastidiaba el fanatismo que despertaba o despotricaban contra los millones que pagaban a los grandes genios de la pelota. Cosas incomprensibles desde luego, que el hombre no sabía bien a qué achacar. El caso es que tras oír la información del quiosquero el hombre salió corriendo, sin saber dónde ir ni qué hacer: su vida ya no tenía sentido. Corrió, corrió y corrió sin parar por todas las calles, y empezó a percibir los primeros síntomas de la horrible resolución gubernamental. Los hombres lloraban apoyados en las esquinas, los niños pateaban de la mano de sus madres (que no querían ir al cole, que no sabían qué iba a ser de ellos sin el fútbol, que a qué iban a jugar en el recreo), muchos edificios comenzaron a derrumbarse entre sonidos estridentes de sirenas de ambulancias que sonaban escandalosas, como las trompetas del juicio final. No había nadie arrimado a las barras de los bares, en cuyas paredes se notaban más limpios los espacios que antes cubrían los carteles con las fotos de los futbolistas; los viandantes vagaban sin rumbo por las aceras, de dos en dos, de tres en tres, pero silenciosos, inexpresivos, tristes: sus vidas habían perdido su norte. Las fuerzas del orden llevaban prisionero a un sujeto que vestía una camiseta del equipo que ganó el "partido

del siglo", y que no cesaba de gritar el nombre de un extranjero millonario que ya no podría dar más patadas a un balón, si no quería dar con sus huesos en la cárcel. El hombre estaba aterrado, no sabía cómo iban a ser los próximos días, ni tan siquiera las próximas horas..., si es que resistía vivo al violento golpe que acababa de recibir. En las calles se abrieron grandes zanjas que se tragaban a las gentes, que aceptaban gustosas ese fin, pues nada les quedaba por hacer en este mundo sin fútbol... El hombre, desesperado, se precipitó al interior de una de estas zanjas. Y acabó todo. Quién sabe si, tal vez, volverá a haber vida sin el fútbol, pero puede ser bonito intentarlo, quizás...



## LA CUCARACHA VIVARACHA

por Jesús Rubio

Vivaracha era una cucaracha simpaticona, con mucho mundo en su coraza, pues había nacido en un barco mercante, y, como se verá, muy culta.

Un día, cansada de navegar, decidió desembarcar e instalarse en tierra.

Así, llegó a casa de un anciano profesor, quien, por cierto, y para desgracia de Vivaracha, era una persona de lo más relimpia.

Eso significaba que apenas había basura.

A los tres meses de vivir allí, Vivaracha no era más que pellejo y huesecillos.

Pero todo cambió cuando, un buen día, se decidió a entrar en una de las habitaciones de la casa, aquella en la que el anciano pasaba las horas muertas.

Pese a que había visto mucho mundo, Vivaracha entró con algo de miedo, que todo hay que decirlo.

Aunque del miedo pasó, de inmediato, a la perplejidad.

Allí había enormes cachivaches que se abrían y cerraban y que estaban llenos de muchas, muchas telillas delgadas y frágiles, pues se partían con facilidad.

En aquella habitación había muchos de esos raros objetos, de todas las formas y colores; estaban por todas partes: en las paredes, en las mesas, en las sillas, en el suelo...



Uno de aquellos trastos estaba abierto.

Vivaracha se acercó y vio que en aquellas telillas había signos extraños, los cuales, todos juntos, parecían hileras de hormigas.

Pero no se movían.

El hambre aguza el ingenio y aumenta el deseo, así que Vivaracha se hizo la siguiente pregunta:

-¿Y si estas cosas fueran comestibles?

La pobre estaba desesperada a causa de las privaciones que padecía.

Dicho y hecho: pegó un bocado a una de las telillas.

-Está un poco seca, pero me acostumbraré. Se dijo, satisfecha, pues sus días de escasez, por lo visto, pasaban a la Historia.

Durante días, semanas, meses, Vivaracha se alimentó de aquellos cachivaches, que luego supo que se llamaban libros.

Pero empezaron a pasar cosas extrañas: sin saber muy bien por qué, aunque algo sospechaba, Vivaracha se dio cuenta de que sabía muchas cosas; cosas que no había visto nunca y de las que jamás había tenido noticia.

Y hablaba lenguas desconocidas.

Seis meses después, Vivaracha se leía los libros antes de comérselos; ello la convirtió en toda una experta en literatura antigua, además de permitirle hablar a la perfección inglés, francés y latín.

Un buen día, el anciano, que no había echado en falta ningún libro pues había muchos, se marchó y no volvió más.

Dos días más tarde, unos señores de azul, que se habían bajado de un camión, empezaron a guardar todos los objetos de la casa en cajas de cartón.

Se llevaron todo; también, por supuesto, los libros.

Volvió la escasez: Vivaracha decidió que había que emigrar.

Vagabundó durante muchos días, estuvo a punto de ser devorada por un grajo bizco -del que escapó por los pelos- y, finalmente, llegó, de nuevo, al mar.

Pero Vivaracha no tenía ni la más mínima intención de embarcarse de nuevo, pues se había vuelto un tanto comodona; así que dirigió sus pasos a una casita que se levantaba muy cerca del acantilado.

Aquella casita tenía un pequeño pero hermoso jardín, lleno de flores, y como la Botánica era una de sus aficiones, empezó a recordar, en voz alta, los nombres de todas las que se encontraba a su paso.

- Aquella es una rosa, ese de ahí, un geranio, y el de allá, un clavel.

Pero, de repente, Vivaracha se paró; un olor penetrante casi la tira de espaldas,

-¡Basura!- gritó, entusiasmada.

Corrió rápida como un rayo -pues las cucarachas, si se lo proponen, pueden ser rápidas como un rayo- hacia el lugar de donde provenía aquel olor.

Llegó hasta un cubo de plástico, alrededor del cual, abiertas y con su interior desparramado, había varias bolsas de plástico negro.

-¡Hurra, hurra! ¡Ya no tendré que preocuparme más por la comida! ¡Aquí seré feliz!

Estaba entusiasmada pues llevaba mucho tiempo sin comer basura.

Durante horas, comió, comió y comió; comió tanto, que se sintió pesada, por lo que decidió echarse una siestecita.

Cuando despertó, varias horas después, Vivaracha creyó estaba todavía soñando.

Alguien le había atado las patitas a la espalda y se encontraba dentro de un recinto oscuro, muy oscuro, el cual, no obstante, se iluminó de repente cuando varias decenas de luciérnagas se encendieron.

Vivaracha vio que una gran multitud de insectos la rodeaban, y todos ellos, sin excepción, tenían cara de pocos amigos.

De improviso, todos callaron, y un enorme saltamontes apareció, no se sabía de dónde, y se sentó detrás de una lata de sardinas oxidada, iluminada por una de las luciérnagas más grande.

Apareció una tijereta, que oficiaba de alguacil, y ordenó a los presentes:

-¡Todos en pie! ¡Está aquí el presidente del Tribunal de los Insectos!

Todos se pusieron en pie, el saltamontes hizo un gesto aburrido con una de sus patas delanteras y los insectos se sentaron.

-Tiene la palabra el señor fiscal- dijo, con voz tronante.

El fiscal era un escarabajo pelotero, el cual, a cada tres palabras, resoplaba.

-Señor presidente, señoras y señores, estamos ante un caso muy grave. Se ha colado, en nuestra comunidad, una cucaracha. Eso supone un peligro

muy grande para todos nosotros, pues conocemos la aversión de los hombres, y los de esta casa no son una excepción, a las cucarachas. Si la descubren, estamos perdidos: traerán insecticidas, pondrán trampas... No estaremos ninguno a salvo. Hay que decidir: o la expulsión o el calabozo de por vida.

-¿Tiene la cucaracha abogado?- interrumpió el saltamontes.

-Me defenderé yo misma- respondió, resuelta, Vivaracha.

-¡Ooooooh!- gritaron, con asombro, todos los insectos.

-Está bien, hable, pero aquí no se toleran faltas de respeto al Tribunal.

-Señor presidente, señor fiscal, señoras y señores, es cierto: soy muy fea. Reconozco que puedo ser repulsiva. Pero yo no elegí ser así y es injusto que se me quiera condenar por algo que no es responsabilidad mía. Dice el señor fiscal que repugno a los seres humanos. Pues bien, han de saber ustedes que, para los hombres, todos los insectos son repugnantes. Por ejemplo: ¿habrá animalillos más útiles a la Humanidad que las lombrices que oxigenan la tierra con sus túneles? Pocos. Pues bien, yo he visto a hombres coger lombrices, clavarlas en un anzuelo y ahogarlas en un río para pescar animales que ellos llaman peces. ¿Y qué me dicen de las abejas, a las que matan, pese a su dulce miel que tanto aprecian ellos, porque tienen miedo de su aguijón? Es su naturaleza: el daño porque sí, sin reparar si destrozan lo que les es beneficioso. Pueden encarcelarme, pero no por ello van a estar a salvo. Piénsenlo.

Todos guardaron silencio: el discurso de Vivaracha les había impresionado. Jamás habían visto una cucaracha con tanto don de palabra.

De repente, una lombriz se acercó hasta el presidente del Tribunal.

-Señor presidente- dijo -, con todos mis respetos, creo que la acusada puede tener razón. En mi familia se cuentan leyendas de familiares y amigos que fueron cazados por los hombres para algo que ellos llaman pescar. A lo mejor no son cuentos. Si no las conté antes era porque podía cundir el pánico.

-¡Ooooooh!- gritaron todos, otra vez perplejos y un poco asustados.

- Una pariente mía decía, dicen, murió loca porque un niño le quitó las antenas sólo por divertirse- clamó, a lo lejos, una hormiga.

Y todos los insectos allí presentes contaron historias terribles de los humanos; historias que nunca contaron por miedo.



El murmullo crecía y crecía hasta convertirse en una algarabía.

El anciano saltamontes se levantó y, con voz, esta vez, más suave y algo cansada e indecisa, se dirigió a todos los allí reunidos:

-Hemos oído al fiscal, a la acusada y también otros testimonios, terribles, por cierto. No me atrevo, pese a ser presidente, a decidir yo solo esta cuestión. Votemos. Quien esté dispuesto a echar o encerrar a la cucaracha, que levante su pata, antena o lo que sea.

Pero nadie se movió.

Tras unos minutos de expectante silencio, el saltamontes habló de nuevo:

-Bien. ¿Estáis dispuestos a darle una segunda oportunidad a la cucaracha? Quien así opine, que levante su pata, antena o lo que sea.

Pero, de nuevo, nadie se movió.

Durante un buen rato.

Todos contenían el aliento.

Pasaron varios minutos, que a Vivaracha le parecieron siglos.

Por fin, al fondo, una lombriz, con parsimonia, se irguió.

Eso significaba que votaba sí.

Después se irguió otra, y otra, y otra más.

Todos empezaron a levantar patas, antenas o lo que fuera.

Todos estaban de acuerdo, pues.

El saltamontes volvió a hablar:

-El pueblo soberano ha hablado. La cucaracha se queda.

La algarabía fue tremenda: todos gritaban y abrazaban a Vivaracha, la cual con tanto zarandeo estuvo a punto de marearse.

Vivaracha pasó a ser un miembro de pleno derecho de la comunidad, a la que sirvió bien dando sabios consejos a todos, gracias a su cultura y experiencia, hasta el punto de que fue nombrada, hace muy poco, ayudante del presidente del Tribunal de Insectos.

## **MIGUEL ARGAYA Y LA AVENTURA DE LA CONQUISTA PROPIA**

( Recensión a Miguel Argaya, Curso, caudal y fuentes del Omarambo, Valencia, 1997 )

por Santiago Sastre

Miguel Argaya (Valencia, 1960) acaba de publicar su último libro de poemas titulado "Curso, caudal y fuentes del Omarambo" en la colección poética La Buhardilla. Es el quinto poemario que publica este poeta (que lleva diez años viviendo en Talavera de la Reina), aunque este dato no se puede constatar del texto de presentación que aparece en la solapa ya que, sorprendentemente, en él no figuran los libros que ha publicado.

Quiero empezar manifestando que lo que contaré en este breve comentario responde a mi interpretación, a mi verdad. Es cierto que la verdad más verdadera (si se me permite la expresión) es la del autor, pero el lector también tiene su verdad, su interpretación, que, en definitiva, contribuye también a construir los poemas. Ni relativismo ni visión de los poemas como fórmulas matemáticas. Allí donde hay lenguaje hay interpretación; la interpretación está moderada por las conveniencias interpretativas (que posibilitan que podamos entendernos al usar ciertas reglas semánticas), pero la poesía, normalmente, se aleja de esas convenciones cuando el poeta adopta el giro poético y construye sus propias convenciones, y así el azul puede ser la poesía, el ruido puede ser el dolor, y los aeropuertos pueden ser manos extendidas. Y es aquí donde el lector penetra en el mundo de la poesía intentando, con la herramienta de la interpretación, encontrarse con el autor, y aunque no lo consiga "tú sigue aquí, confía en lo imposible", como dice un verso de Argaya de su último libro.



La primera parte del poemario "Curso, caudal y fuentes..." es original: se trata de la reproducción de un manuscrito que es un romance con octosílabos blancos (salvo algún verso, vid. pág. 40, y la coda final) que escribe, a petición de unos frailes, un aventurero que está recluido en un monasterio. Este aventurero ha recorrido el país donde se encuentra el Omarambo. El Omarambo es un río. Al poeta le interesa el río y lo que supone y rodea el río. Si Argaya concibe la poesía como un ejercicio de reconstrucción personal del yo, Omarambo es la gran metáfora de la vida misma: escuchamos la música de su agua, a veces hay que remontar el río, no sabemos lo que habita en el fondo, posee rápidos feroces y cataratas, más allá de la orilla está la selva en la que viven los nativos -que hablan un idioma distinto al nuestro-, tiene afluentes y a veces sobreviene el naufragio. El río es duro, áspero, angosto, íntimo, radical, evanescente y paradójico (pág. 48). Vivir no es dejarse llevar por las aguas del río -eso es lo cómodo-, sino que la vida supone riesgo, es, en definitiva, "cruzar la selva", combatir, no tener miedo a embarrancar y a naufragar, lanzarse a conocer qué hay más allá de las orillas. La vida, por tanto, es viaje, es búsqueda, es aventura. Y la poesía es un medio para adentrarse torpemente en ese follón hermoso que es la vida, representada por el río y su entorno. La poesía es un mapa con el que el poeta intenta infructuosamente delimitar su territorio, conocer el caudal del río propio. Y no hay que olvidar que es imposible huir del fracaso, pues la derrota "viene en el mismo lote con que se da la vida" (pág. 67). La parte final del largo romance es una especie de credo (creo en el silencio, en la música, en el orden, en la palabra) que recuerda unos versos de un libro anterior titulado "Geometría de las cosas irregulares".

La segunda parte se titula "Restos de un naufragio", es decir, en ella se abordan ciertos elementos que certifican, de algún modo, esa derrota de haber apostado fuerte adentrándose en el río y sus paisajes. Esto es una consecuencia inevitable del viaje y de la búsqueda. Los poemas de esta parte que más me gustan son: "La pérdida del rey Don Sebastián según Lope", el del naufrago que lanza al mar un mensaje de socorro a sabiendas de que eso no le libraría de una muerte segura -acaso lo que quiere salvar no es su vida sino su mensaje, como en la poesía-, "Sísifo a Sísifo" -para mí, sin duda, el mejor del libro-, "Argaya ciencia", poema reivindicativo en favor de la poesía comprometida que empieza ilustrativamente

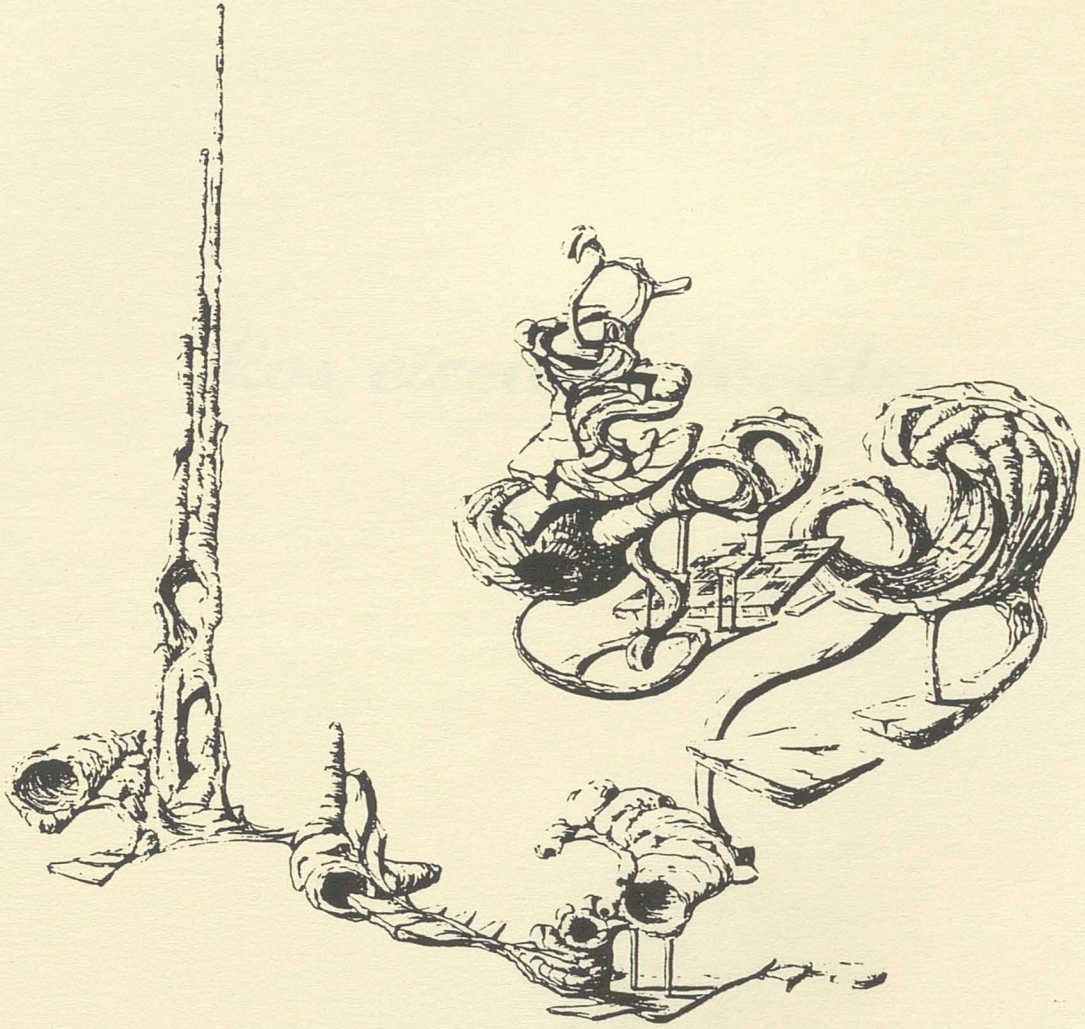


con el siguiente verso: "Escribir como si fuera en ello la vida", y el hermoso "Para explicar un rastro de colores en la escalera" (Con versos como: "puedo dudar del cielo, de la intención del agua/ en el verano, pero no del amor, que está/ hecho de la materia intensa del asombro"). No quería olvidarme de decir que casi todos los poemas están sujetos a una estricta métrica.

El poemario termina con un largo poema que es una carta -que incluye posdata- que se ha encontrado en uno de los bolsillos de un naufrago que es el poeta mismo. Con este poema, que es una reflexión sobre la vida y sus misterios, se enlaza con el inicio. Por cierto, en este poema se repite casi textualmente el poema breve "Una fotografía".

En este poemario encuentro un Argaya más desnudo, más directo, más claro, y de temática más genérica. Hay algunas construcciones (no es menos cierto que, acaso fuera, supongo que, lo cierto es que, siquiera, es que acaso) que dan un aire narrativo a sus poemas. En definitiva estamos ante un buen libro de poemas. Quien me conoce sabe que me considero una especie de discípulo -eso sí, algo nervioso o tiquismiquis- de Argaya. Sus conversaciones y su poesía me han ayudado a encontrar muchas veces el norte y el oeste y hacia donde dirigirme con la mochila de mis versos a cuestas. Aunque, precisamente, en estos momentos me encuentro prisionero de unos indígenas después de salir a dar un paseo y haber dejado mi barca en una orilla del Omarambo, atada a un árbol.





*[Signature]*  
95





# *Los círculos locales*

## II

POR ANA MARIA DE CORCUERA Y HERNANDO.

---



## ANTONIO MARTÍN-ANDINO

---

### LLÉVAME

*Amor...*

*Llévame donde la mar se hace plata.  
Con tus alas en mi alma bogarás,  
capitán de mi góndola escarlata.*

*Llévame por el arrullo del viento.  
Al rumor de mi pelo volarás,  
mi pelo, de los vientos barlovento.*

*Llévame donde la fruta madura.  
Al candor de mi boca libarás,  
madrurado en la piel de mi ternura.*

*Llévame por las rosas perfumadas.  
De mi pecho, en sus rosas saciarás,  
tu inquietud de perfume y madrugadas.*

*Llévame donde el placer se derrama.  
en lo hondo de mi gozo gozarás,  
del placer que mi esencia desparrama.*

*Llévame por los valles del deseo.  
Tu ansiedad en mi valle apagarás,  
entre brisas de mimo y lisonjeo.*

*Ay, amor...*

*Llévame donde se aplaque mi anhelo.  
Prisionera en tu anhelo viviré,  
del amor de tus fuegos y tu celo.*



## RAFAEL BALMASEDA DÍAZ PALACIOS

---

Nacido en Cuerva (Toledo) en 1931; cursó las carreras de Magisterio y Veterinario.  
Diplomado en Sanidad.

Gran aficionado a las Bellas Artes, cultiva la escultura en piedras, mármoles y bronce. Ha participado en exposiciones regionales y en el XVI Certamen Nacional de Escultura de CAJA MADRID, habiendo sido seleccionada su obra.

---

### LA HERENCIA

*No me tienes millonario,  
que no te vendo mi herencia,  
porque si no mi calvario  
será mi propia conciencia.*

*Pues la tierra que se hereda,  
no se vende por dinero,  
ya que en esa tierra queda  
el amor del mensajero.*

*Y ese mensaje de amor  
llena los surcos del suelo,  
y se acrecienta el dolor  
cuando sabes que el abuelo  
los labró con su sudor.*

*Amor, esfuerzo y cariño,  
que toda herencia condensa,  
amor de un viejo hacia un niño,  
sin esperar recompensa.*

*Que ya sea corte o cortijo,  
fertil tierra o pobre suelo,  
hay amor del padre al hijo  
heredado del abuelo.*

*Y no es amor al terruño,  
lo que a esa finca me aferra,  
sino el saber que esa tierra  
la sembró mi padre a puño.*

*Tierra que también sembré  
de ilusiones que perdí,  
de la semilla que eché  
nunca el fruto recogí.*

*La vida viste de luto,  
cuando muere la ilusión,  
y árboles que no dan fruto  
pasto de las llamas son.*

Cuerva-1984  
Venta del Nogal



**RESCOLDO**

*Mujer atiza esa brasa,  
que aunque mucho discutamos  
donde más agusto estamos  
es en nuestra propia casa.*

*Pues la lumbre de este hogar  
calienta más que ninguna,  
y para mí la fortuna  
es poderte contemplar.*

*Ya sé que es la nochebuena  
y aquí faltan comensales,  
tú y yo somos los cabales  
¡ celebremos pues la cena !*

*Y si ya son muchas pascuas  
las que aquí estamos los dos  
yo sólo le pido a Dios  
que no se apaguen las ascuas.*

*Que nos mantenga el calor  
y podamos encender  
sobre el rescoldo de ayer  
el fuego de nuestro amor.*

24-12-96



## LA META

*¡ Qué corta es la vida, que obscuro el camino !  
que inútil la lucha, pensando en la meta,  
que ruín el afán buscando el destino  
que triste es llegar, si no eres poeta.*

*Pasaron los días, pasaron los años,  
¿ y cuál es el fruto de toda la vida ?  
son las desventuras, son los desengaños  
la realidad triste, de ilusión perdida.*

*Breve fue el aplauso, fugaz fue la gloria,  
y ya en el ocaso, todo queda lejos,  
y aquel gran trabajo, hoy forma la historia,  
de los antes niños, de los ahora viejos.*

*Mas no quedes quieto, mirando hacia el suelo,  
no importa el relevo ni jubilación,  
sigue caminando y mira hacia el cielo,  
que nunca eres viejo, cuando hay ilusión.*

*Alegra tu vida, que la vida es bella,  
suelta ya las alas de tu pensamiento,  
pisa fuerte el sueño, para dejar huella,  
de tu paso firme, del vivir contento.*

*Y si en tu camino, la muerte te reta,  
y tu paso es torpe, no pierdas la calma,  
y acuérdate entonces, que para el poeta,  
sólo muere el cuerpo, nunca muere el alma.*

Toledo-18 Enero 1986-( mi jubilación)



**RUTA DEL TOBOSO**

*Siguiendo mi andadura  
en la mañana clara, de un abril luminoso,  
con Buenaventura  
me marché al Toboso  
bajando desde el cerro a la llanura.  
¡Fui de mil amores!;  
surcando los valles, rozando laderas,  
y yo, no vi flores  
y yo, no vi fieras.  
... y seguí el camino,  
pues Castilla es ancha,  
y, llegué a la Mancha  
la tierra del vino;  
del vino y del queso;  
y al ser mediodía  
con pensar en eso  
mi boca se abría.  
Y en esa postura  
de hambriento escudero  
pregunté a Ventura:  
¿qué he de hacer primero?*



*Pues se me plantea  
si en el buen hacer,  
antes es comer  
o antes Dulcinea  
No lo olvides Sancho,  
me dijo Ventura ,  
lo primero el rancho,  
después la cultura.  
Y si por tarea  
a elegir te obligas,  
primero, las migas,  
después, Dulcinea.  
En fin, que si hay prisa,  
seas cura o seglar,  
primero, almorzar,  
y después, a misa.*



## JESÚS SÁNCHEZ VILLALUENGA

---

Nació en La Puebla de Montalbán (6-VII-1934). Trabajó de botones de la empresa Minas de Almagrera S.A., en Madrid, hasta 1954 en que ingresa en el Ejército como voluntario, alcanzando el grado de Sargento. Marcha a Alemania residiendo en Ludwigshafen donde trabaja en varias empresas y en 1960 regresa a España reingresando en el Ejército. En la actualidad es Teniente en la Reserva. Perteneció al Club de Leones Chamberí-Madrid. Tiene seis hijos y siete nietos. Dice de sí: " no me siento poeta si bien me gusta acudir a expresar lo que siento por medio de estos poemas que sólo se han publicado en el programa de fiestas de La Puebla y en la desaparecida revista de nuestro club "

---

### CAMBIO DE MELENAS 1995

*Otro año se ha cumplido  
en el quehacer cotidiano  
que los Leones vivimos,  
echándoles una mano  
a los que están marginados,  
porque, Nosotros servimos,  
al que está necesitado.*

*Estamos siempre pendientes  
para recaudar dinero,  
estrujando a los pudientes  
con rifas o con festejos,  
para poder atender  
los Comités que tenemos  
y, así poder socorrer  
a deficientes o enfermos.*

*Crisis ha habido este año  
cual dicen los entendidos,  
pero se le echó reañón  
y hemos sobrevivido,  
porque el Comité de Damas*

*con su amor y buen sentido,  
nunca perdieron las ganas  
y este año se han crecido,  
y sirviéndoles de alivio*

*Cooperamos con A.P.M.A,  
Residencia Cottolengo,  
con los ancianos y ancianas,  
San Rafael, Rapariegos,  
Mi Casa , que es la de todos,  
con Cruz Roja contra el Cáncer  
Audífonos (niños sordos),  
con la donación de sangre,  
contra la droga en Betel,  
a donde sea menester.*

*Por todo lo relatado  
nos sentimos complacidos,  
porque cuanto se ha intentado  
al fin, lo hemos conseguido,  
teniendo la convicción  
de que en años venideros,*

*sacaremos con tesón  
de donde sea, el dinero,  
para que estén asistidos  
quienes mucho necesitan,  
porque estamos decididos  
a librarles de fatigas*

*Por esto hemos de luchar  
Los Leones sin desgana  
para que, al despertar  
cada día y cada mañana,  
sepamos que nos esperan  
pletónicos de ansiedad,  
quienes en sus faltriqueras  
no tienen con qué comprar.*

*Y... vaya esto por delante:*

*¡Que el Club Chamberí Madrid  
no abandona ni un instante  
hasta conseguir su fin,  
porque están de nuestra parte  
Las Damas , grupo gentil,  
que, además de buen talante  
desean hacer feliz,  
no sólo matando el hambre,  
o aliviando su sufrir,  
sino siendo acompañantes  
del personal infeliz,  
y en los peores instantes  
encauzar su porvenir!*

24-Junio-1995

## JUAN PEDRO SASTRE SALCEDO

---

De Burguillos (Toledo, I-IV-1962). Trabaja en el Ayuntamiento de dicha localidad en el departamento de Mantenimiento como Oficial de Primera.

---

### PARA UNA PROMESA DEL TOREO

*Mora de Toledo, pueblo olivarero,  
allí nació Eugenio Moreno Eugenieta,  
que quiere ser torero.*

*Joven de alta escuela,  
con coraje y luchador,  
quiere verse torero,  
el primero en el escalafón.*

*Muchos llegan a ello,  
tú no vas a ser menos,  
tienes que trabajar mucho  
si quieres ser torero.*

*Cuando estés en el ruedo  
olvidate de las tonterías,  
no le pierdas la cara al toro,  
que te manda a la enfermería.*

*Olvidate del Mercedes,  
de las fincas y las mozas,  
y pon atención en el ruedo  
para que el toro no te coja.*

*Mi virgencita Santa Gema,  
tan guapa y pinturera,  
siempre estará contigo,  
porque es sencilla y buena.*

*El momento ya llegó:  
un silencio en el albero  
viendo el faenón  
de Eugenio Moreno*

*Que se ilumine la luna,  
que resplandezcan los luceros,  
que está saliendo por la Puerta Grande  
el mejor de los toreros  
Eugenieta, Eugenio Moreno.*



## AGUSTÍN MONEDERO GARCÍA-VERDUGO

---

Nacido en Yepes (Toledo, 16-XI-1943). De profesión albañil. Poeta autodidacta, de sorprendente fecundidad y recursos poéticos.

---

### ESTÁ VENCIDA LA MUERTE

*Por qué temer a la muerte  
si está por Cristo vencida,  
completamente abatida  
desde su Cruz Santamente.*

*Ahora todo es diferente:  
¡Cristo ha resucitado!  
Está vencido el pecado  
desde su Cruz Santamente.*

*¡Vaya si tenemos suerte;  
Hemos sido rescatados,  
de las tinieblas librados,  
desde su Cruz Santamente.*

*Estemos atentamente  
con el alma preparada  
esperando su llamada  
desde su Cruz Santamente.*

*Llevados eternamente,  
ser sacados de la fosa,  
con su Mano Poderosa,  
desde su Cruz Santamente.*

### LA IGLESIA DE SAN BENTO ABAD

*En la ruta del Quijote  
no es bastante conocida,  
de Yepes, ¡hermosa dotel,  
su Iglesia, ¡qué Maravilla!*

*Son veinticuatro columnas  
que se elevan hacia el Cielo,  
-las dirigió Covarrubias-  
sostienen Templo tan Bello*

*Son los cuadros de Tristán,  
un discípulo del Greco,  
que allí en el Retablo están  
y forman un Monumento.*

*Ahora viene lo más grande,  
el Tesoro de mi Pueblo:  
De Jesucristo es la Sangre  
que trajo un día Fray Diego.*

*Tan Portentoso Milagro  
que en Cicuballe ocurrió,  
Sangre que cayó en el Paño  
cuando un fraile consagró.*

*En Yepes, en la Custodia,  
el que quiera puede ver  
un Milagro ¡Bella Historia  
que Dios quiso conceder!*

## LA CUENTA ATRÁS HA EMPEZADO

### Agustín

*La cuenta atrás ha empezado.  
Muy tajantes son las pruebas.  
Yo tengo poco de sabio  
y sé muy poco de letras.*

*Nada de esto me invento,  
pues es pecado mentir.  
En mi alma lo presiento  
y lo tengo que decir.*

*En un campo de olivos,  
heredado de mis padres,  
vi signos muy negativos  
en sus hermosos ramajes.*

*Una grasa pegajosa,  
negra como el azabache,  
¡Oh, cielos!, gritó mi boca.  
¡Dios mío, vaya desastre!*

*Al olivo pregunté.  
No tenía más remedio.  
Yo le dije: explicame  
que es esto que veo.*

### El olivo

*Es una plaga fatal.  
Y sé a qué se debe esto.  
Y yo me siento muy mal.  
Agustín, yo te lo cuento:*





*El aire que yo respiro  
se encuentra contaminado.  
Mi vida corre peligro.  
¡Yo me encuentro tan cansado...!*

*Además hay otra cosa  
que estoy echando de menos,  
esa oración tan preciosa  
escuchada en otros tiempos.*

*Era de hombres y mujeres  
plenamente convencidos,  
rezando en sus quehaceres,  
entre los campos de olivos.*

*Muy poco queda de aquello  
tan agradable al oído.  
Se encuentra muy triste el Cielo.  
Jesucristo, ni te digo.*

*El otro día, por cierto,  
Cristo habló conmigo:  
Mal camino lleva esto.  
Claramente así me dijo:*

### **Jesucristo**

*Si la gente no mejora,  
Yo no tengo más remedio  
que hacer una buena poda  
con una espada de fuego.*

*Será el Arcángel Miguel  
quien hará todo el trabajo.  
Mi Santo querido y fiel.  
Él lo hará de un solo tajo.*

### **El olivo**

*Agustín tū toma nota  
de todo lo que te he dicho.  
Está muy fea la cosa.  
Palabras del mismo Cristo.*

### **Agustín**

*Muchas gracias buen olivo,  
yo nunca te olvidaré.  
En este papel lo escribo.  
Con mi boca lo contaré.*

## MARÍA DOLORES PINTO CÁMARA

---

---

Toledana, nacida en el año 1957, a las faldas de los Montes de Toledo, en el pueblo de Espinoso del Rey. Profesora de Educación Infantil.

---

### EL MOSQUITO DISTRAIDO

*Vueltas que da vueltas,  
sigue sin parar.  
Inquieto mosquito  
¿Sabrá donde va?*

*No ve la pared,  
distráido está  
Una araña observa  
¡Ay, que va a chocar!*

*¿Qué chichón tiene  
¡Si no se le ve!  
el pobre mosquito  
de grande que es.*

*No estoy atento,  
eso me pasa.  
¡Estoy pensando  
en las musarañas!*

### CIENTOUNPIÉS

*Ha nacido esta mañana  
en medio de un pedregal  
un ciempiés muy presumido  
con un piececito más.*

*Tía Pepa, la madrina,  
cuenta y cuenta sin cesar  
los pies de su sobrinito  
y siempre le sale igual.*

*Cientounpiés ya se espabila,  
ya comienza a caminar,  
como son los pies impares  
¡qué gracia tiene al andar!*

*Trabajará en el circo,  
qué bien se lo pasará  
gracias a ese piececito  
que le salió por demás.*

**LA RATITA LIMPIA**

*Marta, la ratita,  
 ¡cómo callejea  
 en el viejo túnel!  
 Juega, se pasea.*

*¡Marta! ¡Martita!  
 le llama mamá.  
 Ven a bañarte  
 que vas a cenar.*

*¡Qué cuarto de baño  
 ha hecho su papá  
 de un viejo armario!  
 ¡Qué cambiado está!*

*El agua le llega  
 de una tubería  
 que, roe que roe,  
 han abierto un día.*

*Martita se baña,  
 se seca, se peina,  
 cena tranquilita  
 y duerme contenta.*

**LA CIGARRA TRABAJADORA**

*Sube que baja,  
 como una ardilla,  
 el tronco del árbol,  
 la hormiga cotilla.*

*¡Qué es lo que ves!  
 ¡Es esto cierto!  
 ¡Es la cigarra!  
 ¡Está recogiendo!*

*Pero, ¿qué haces?  
 ¿Tú, trabajando?  
 ¿No duermes siesta?  
 Vaya, ¡qué cambio!*

*¿Tampoco tocas?  
 ¿Tampoco cantas?  
 Tal vez nos quieres  
 quitar la fama.*

*Vaya, vaya,  
 vaya familia.  
 ¡Qué se han creído  
 las hormiguitas!*

*Recojo en el campo,  
 hago mi trabajo,  
 y canto y toco  
 y también descanso.*





Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

